

DISCURSOS

leídos en la

Real Academia de Buenas Letras de Barcelona

en la recepción pública del

RDO. DOCTOR ANTONIO GRIERA

el día 9 de febrero de 1941



BARCELONA

FIDEL RODRIGUEZ, impresor. Bot, 13

1942

DISCURSOS

leídos en la

Real Academia de Buenas Letras de Barcelona

en la recepción pública del

RDO. DOCTOR ANTONIO GRIERA

el día 9 de febrero de 1941



BARCELONA

FIDEL RODRIGUEZ, impresor. Bot, 13

1942

Excelentísimo señor . . .

Señores Académicos, señoras, señores :

No sin emoción llego aquí después de una vida de milicia y de combate, librado por milagro de una doble muerte cierta y segura que quisieron darme los enemigos de Dios y los enemigos de la Ciencia. Condenado primero a una muerte civil por un silencio asfixiante, dictado por los pseudoprofetías de un falso mesianismo, perseguido después a muerte por sus discípulos, que empuñaban en una mano la tea incendiaria de todo lo sagrado y en la otra el hacha destructora, que simultáneamente decapitaban imágenes de santos y cabezas de atletas cristianos, Dios quiso salvarme la vida y, en cambio, permitió que mi entrañable amigo don Alfonso Par y Tusquets sucumbiera como un mártir, por sus ideales cristianos y científicos.

Llamado por vosotros, señores Académicos, para ocupar la silla que un héroe inmortal dejó vacante, difícilmente puedo decir algo que sea justo elogio de don Alfonso Par, de la Real Academia de Buenas Letras. El carácter es una herencia, la mejor que los padres pueden legar a sus hijos. Una madre santa imprimió en el alma de mi antecesor la rectitud, la dignidad y la caballería. Don Alfonso Par era todo un caballero. Al recordar la figura noble, generosa y leal de mi antecesor, se me representa la figura de otro romanista, de noble estirpe suiza, oriundo de un castillo de la tierra de Engadina, Robert von Planta de Fürstenu, investigador de los dialectos osco y umbro, de la Toponomía alpina, especialmente de la región de los altos valles del Rin, quien, como nuestro Alfonso Par, vinculaba los grandes negocios de la casa de algodones von Planta, conocida en todo el mundo industrial. Nuestro académico de la casa de algodones Par y Tusquets supo alternar la vida del gran mundo de los negocios con la vida silenciosa del sabio, que busca la solución de un problema intrincado de sintaxis, o del apóstol de la Caridad, cuya mano izquierda no sabe lo que la mano derecha ha alargado.

Por otra parte, Alfonso Par es el tipo de filólogo que en pleno

siglo xx ha sabido hermanar la Filología románica con la Anglística, escribiendo un magnífico tratado de Sintaxis, la mejor sintaxis publicada en España y publicando el mejor estudio que se conoce en nuestro país sobre Shakespeare.¹

Durante largos años me ha unido la amistad con don Alfonso Par. Le conocí cuando, hacia 1917, ofreció, para su publicación a la Sección Filológica del Instituto de Estudios Catalanes, su monumental Sintaxis, la cual ni mereció la consideración de una lectura. Convencido del gran valor de esta obra, gestioné su publicación en los *Beihefte* de la *Zeitschrift für romanische Philologie*. Desde entonces, una estrecha amistad me unió con él. Años después fundamos una Sociedad de Filología, que no pudo actuar por el veto que le pusieron los elementos disolventes, y más tarde, también, con él fundábamos el Anuario de la Oficina románica de la Biblioteca Balmes.²

Al hablar de mi antecesor debo mencionar también otra obra suya pasada en silencio y que suscita un grave problema de moralidad literaria y científica; me refiero a su magnífica edición de *Curial e Guelfa*, publicada en compañía del docto académico don Ramón Miquel y Planas.³

Alfonso Par fué un gran investigador de la Literatura inglesa, que conoció como nadie de nuestro país. Su obra definitiva, *Shakespeare en la Literatura española*,⁴ ha merecido los mayores elogios de las revistas de Historia Literaria de todos los países.

No sin profunda indignación, en octubre de 1938 leí en el *Diario Vasco*, de San Sebastián, un artículo que comentaba el homenaje que los intelectuales rojos de Barcelona habían dedicado al gran conocedor de la Literatura inglesa, aquellos que antaño le despreciaron y que en plena revolución estrechaban la mano de sus asesinos.

Señor, gente perversa penetró en tus dominios, mancharon y

1. *Sintaxi de Bernat Metge*, Beihefte sur Zeitschrift für rom. Philologie.

2. *Anuari de l'Oficina romànica de Lingüística i Literatura*, 7 vol. Barcelona, 1928.

3. CURIAL E GÜELFA, *Notes lingüístiques i d'estil*. 1931, 100 págs.

4. CURIAL E GÜELFA, *Text del xvon segle, reproduït novament del còdex de la Biblioteca Nacional de Madrid per R. MIQUEL I PLANAS, amb estudis i notes del mateix i d'ANRÓS PAR*. Barcelona, 1932, xxiv, 584 págs.

4. Barcelona.

saquearon la Ciudad Santa. Alfonso Par, ciudadano de la Civitas Dei, sufrió las más terribles persecuciones y los tormentos más horribles en presencia de los hombres; Dios le probó como oro en el crisol y aceptó su vida como un holocausto, pero ahora, triunfante, el tormento que aflige a los malvados no le afecta, vive en el reino de la paz, donde cantará eternamente *Aleluya*, aquel aleluya que tuvo siempre en los labios y en el corazón, tanto en las penas y adversidades como en las prosperidades y alegrías.

In pace vivas cum sanctis.

I

EL ESTADO DE LOS ESTUDIOS DE FILOLOGÍA ROMÁNICA EN ESPAÑA

Los estudios filológicos tienen su origen en el Renacimiento. Hay que buscarlo en la Reforma protestante y en la Contrarreforma. Los reformadores protestantes, con el fin de divulgar en las lenguas vulgares los libros sagrados, establecieron en los países que aceptaron la Reforma cátedras para el estudio de las lenguas semíticas, clásicas y modernas.

La Gramática, hasta el advenimiento del Renacimiento, se mueve alrededor del *Donatus*. Este gramático dictó las normas a todos los gramáticos que fijaron reglas para aprender la lengua latina y las lenguas romances de la Edad Media. El *Donat provençal*¹ es el fundamento de la *Razos de Trobar*, de Jofre de Foixá;² de *Las Leys d'Amor*, de Molinier;³ del *Diccionari de Rims*, de Jacme March;⁴ del *Torcimany*, de Luis de Aversó, y de la *Gaya*, de Segovia. El primer libro impreso en España es, probablemente, la Gramática de Matas, un *Donatus* con perífrasis en vulgar.

La Lexicografía, desde San Isidoro hasta el Renacimiento, no hizo grandes progresos. Las Etimologías, ordenadas por grupos semasiológicos, son la enciclopedia más interesante de la Edad Media. Comparados con ellas, los glosarios son colecciones lexicales de escaso valor.

La lectura de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, después que el latín había cesado de ser la lengua familiar, exigía

1. STENDEL, *Die beiden ältesten provenzalischen Grammatiken*. Marburg, 1877.

2. *Ib.*

3. C. ARNOULT, 1841. J. ANGLADE, *Las Flores del Gay Saber*.

4. A. GRIERA. Barcelona

una especie de «pigritia» que ayudara a la interpretación de los pasajes difíciles. De estas notas marginales aclaratorias nacieron los glosarios que se copiaban de un monasterio a otro. Basta leer atentamente las glosas de Reichenau, las glosas silenses y emilanas, los glosarios de Ripoll, para convencerse de que un glosario es una copia del otro y que, por su conducto, penetraron en los diccionarios del Renacimiento, de tal manera, que la última edición del diccionario de la Real Academia Española contiene aún definiciones calçadas en las Etimologías de San Isidoro.

NEBRIJA¹

Antonio de Nebrija, oriundo de Alcalá, pasó gran parte de su vida en Sevilla y Salamanca. Él mismo nos describe los rasgos más salientes de su vida en el prólogo de su *Dictionarium latino-hispanicum et hispano-latinum* (1492): «A la edad de veintiún años me fuí a Italia, no como hacen los otros para disfrutar los réditos de algún beneficio eclesiástico, o para obtener la laurea en «*utroque jure*», o para el intercambio de mercancías, sino para restituir a la patria los autores latinos desterrados desde muchos siglos. Después de pasar diez años estudiando estos autores, el Arzobispo de Sevilla, Alfonso Fonseca, me cogió entre los suyos, me prometió más de 150 ducados de oro anuales, y me distinguió de una manera extraordinaria, durante los dos años que pasé en su compañía. Además del tiempo que dedicaba a los oficios del culto divino, a sus negocios y a cuidar de su salud, podía dedicar poco tiempo al estudio; no pude yo hacer otra cosa que revisar mis copias y prepararlas y ejercitarme para el profesorado de latín, como si ya adivinara la lucha que me esperaba. Después de su muerte, que lloré, empecé a pensar cómo alejaría la barbarie extendida por España, y se me acudió el medio seguido por San Pedro y San Pablo para difundir la idea cristiana y extirpar la gentilidad. Así como ellos no se dirigieron a poblaciones insignificantes para echar los fundamentos del Cristianismo, lo que hicieron algunos, sino que se dirigieron a Atenas y a Antioquía, ciudades de gran fama en aquella época, y después se dirigieron a

1. El nuevo Estado español valora la personalidad de este gran filólogo al crear, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto Nebrija, de Filología.

Roma, capital del orbe, así yo, para desarraigar la barbarie, no he hecho otra cosa que dirigirme a la Academia de Salamanca. No dudaba que después de expugnar esta fortaleza conseguiría dominar más los demás pueblos de España.» Táctica magnífica. Después, Nebrija hace referencia a sus éxitos económicos, obteniendo un doble sueldo, cosa que nadie consiguió antes que él, y añade: «el provecho que obtuve en doce años, otros lo indicarán mejor que yo y la posteridad lo declarará».

Sus Gramáticas alcanzaron un éxito editorial. «En aquel tiempo — prosigue — edité dos opúsculos de Gramática que obtuvieron un éxito ruidoso, los cuales, habiendo sido recibidos por toda España con increíble aceptación, comprendí que había echado los fundamentos de un edificio sólido, para cuyo complemento faltaba el acopio de materiales. Lo que realicé por favor de la Providencia. No queriendo modificar el sistema de vida iniciado, casándome y destinando los ingresos al sustento de la familia, dediqué los réditos de la cátedra, y unos siete años de trabajo, a la preparación de cuatro obras en una sola: un glosario de voces latinas y griegas con la correspondencia española, otra dedicada a tu nombre preclarísimo (se refiere al príncipe), otro Tratado de Gramática con la enumeración de sus partes, dividido en tres volúmenes, y una cuarta, con el vocabulario español y bárbaro, reunido, acompañado de su correspondencia latina, dada de una manera sucinta. La quinta es un Tratado de Gramática con todas sus leyes y reglas, dedicado a las mujeres de la Corte, cuya arte de gramática hemos traducido del latín al español, y que no queremos enumerar entre nuestras obras porque es más bien obra de traductor que de autor. Y a ello hay que añadir un comentario gramatical iniciado bajo la protección del príncipe».

Por esta sucinta reseña de la vida de Nebrija sabemos que estudió la lengua latina en Italia durante diez años, y que sus Gramáticas, a pesar del juicio despectivo que merecen a Valdés, obtuvieron un éxito clamoroso.

La distribución de la Gramática latina, hecha por Nebrija, ha perdurado a través de la *Ratio Studiorum* y de los manuales de Gramática latina de los Seminarios, hasta nuestros días. El método empírico de la enseñanza del latín introducido por Nebrija le convirtió en el padre y fundador de la Filología moderna, a pesar

de que la Reforma protestante reclame esta primacía, ya que antes que los reformadores, los Cardenales Fonseca y Cisneros lo seguían en Sevilla y Alcalá para la crítica textual y exégesis de los Libros Sagrados.

La Edad Media, con sus Estados nacientes, con su régimen feudal, con su organización política y social, con su vida religiosa, crea una serie de focos lingüísticos que pasan a establecer unos dialectos cuya extensión es el dominio de un Estado o la extensión de una Diócesis. La atomización política medioeval condiciona la multiplicidad dialectal, que todavía se refleja en los mapas lingüísticos de cada nación.

Viene el Renacimiento, que exalta la idea del Estado, de la soberanía, de la autoridad y de la jerarquía, reflejos de una cultura imponente, y la lengua del Rey y de la Cancillería, sin violencia alguna, con la máxima autoridad y suavidad se impone a los súbditos de la nación y adquiere una unidad. Sólo por vía de digresión recordaré que el siglo XVI es el siglo del máximo prestigio de la lengua española, porque la cultura que de ella se servía, como de instrumento, tenía todo el mundo por dominio.

Este período es conocido por los historiadores de la Literatura catalana como un siglo de decadencia con todo y tener el Reino de Aragón escultores como Forment, que esculpían retablos maravillosos en Zaragoza y Poblet, arquitectos que levantaban palacios como el de la Generalidad de Cataluña; renacentistas tan famosos como Pons de Ortafá, o teólogos que explicaban Teología en las Universidades de Europa. Los escritores catalanes y valencianos de este siglo no sentían la necesidad de escribir en lengua regional, porque sabían que, sirviéndose del español, utilizaban un instrumento de universalidad; para ellos, la lengua española tenía el máximo prestigio.

Pero el prestigio de la lengua española no se circunscribía dentro de las fronteras de los dominios de España; la lengua y la cultura españolas tenían el máximo predicamento en todas las Cortes de Europa; y a adquirir este prestigio contribuyeron eficazmente las obras gramaticales de Nebrija.

En la Edad Media, las discusiones por motivos de propiedad literaria no eran frecuentes. Las concepciones del mundo y de la vida de Alberto el Grande reaparecen en la *Suma*, de Santo Tomás

de Aquino; en el *Breviari d'Amor*, de Manfret Armengau; en las obras de Eximenis y en la *Divina Comedia*, del Dante. En el orden lexical, podemos observar una transfusión que, partiendo de las Etimologías de San Isidoro y pasando por los glosarios medioevales y el *Lexicon*, de Nebrija, llega a la última edición del *Diccionario de la Real Academia Española*. Pero hay algo más. Nebrija, con la recopilación de los glosarios medioevales, con la sistematización de la Lexicografía y con el prestigio que la lengua española adquirió por toda Europa; contribuyó en gran manera a la creación de una lengua única de la Civilización occidental, característica de Europa. Los diccionarios latino-romances y romance-latinos del siglo XVI son, en su mayoría, traducciones calçadas del diccionario de Nebrija.¹ Es un hecho cierto que los diccionarios de la Europa del siglo XVI, que se han seguido copiando hasta nuestros días, son calcos del *Lexicon*, de Nebrija, vestidos con ropaje francés, italiano, inglés o alemán. Esta transfusión lexical ha condicionado la existencia de dos lenguas en cada país; la lengua internacional y de la Cultura y la lengua dialectal, de la agricultura, de las artes y oficios, de la vida familiar.

JUAN DE VALDÉS

Otro filólogo renacentista, codificador de la lengua española, es Juan de Valdés. Sobre el primer período de su vida nada se sabe. En el *Diálogo de las Lenguas* se dice castellano, criado en el reino de Toledo y en la Mancha de Aragón, paisano de Mosén Diego de Valera; por consiguiente, natural de Cuenca, donde su padre era regidor perpetuo. Se ignora la fecha de su nacimiento. Tuvo por hermano a Alfonso de Valdés.

Tampoco se sabe nada de los estudios de este gramático. Parece que cursó en Alcalá. Muchos autores le tienen por juriscónsul. Por su testimonio sabemos que fué durante diez años «andante en corte» y dado a la lectura de libros de caballerías. Francisco de Encinas asegura que fué muy bien educado en la escuela fraterna, según parece en las doctrinas reformistas que le inculcó. Conoció las lenguas clásicas y el hebreo. Entró en relaciones con

1. *Lexicon latino-hispanicum et viceversa hispano-latinum* 1492.

Erasmus, quien en 1528 le escribe animándole a continuar en sus estudios de artes liberales. En otra carta del año siguiente encomia el ánimo franco y sencillo de Juan; se queja de los émulo que tiene en España y huélgase de que sus amigos unan la piedad cristiana con el estudio de las letras.

Según parece, Juan de Valdés compuso el *Diálogo de Lactancio y un Arcediano* para defender al Emperador del saco de Roma, y también se le atribuye el *Diálogo de Mercurio y Carón*, escrito hacia el año 1528. La armazón del *Diálogo*, de Valdés, no es muy ingeniosa. Veinte veces se interrumpe sin motivo ni preparación el relato de las empresas del Emperador. Según opinión de Menéndez y Pelayo, nada hay de mejor escrito en castellano durante el reinado de Carlos V, fuera el *Cortesano*, de Boscán. Ni Villalobos, ni Guevara, ni Hernán Pérez de Oliva pueden comparársele. Sólo tiene un émulo en Diego de Mendoza.

Los errores religiosos han perjudicado a Valdés lo indecible. En España, apenas se conoce de él otra cosa que el *Diálogo de las Lenguas*. Según Francisco de Encinas, se admite generalmente que Valdés salió de España porque sus opiniones no le permitían vivir aquí con seguridad. Lo cierto es que en 1531 fué a Roma con una recomendación para Juan Ginés de Sepúlveda. En 1532 continuaba en Roma, y desde esta fecha se establece en Nápoles, dado a la predicación y enseñanza de sus heréticas doctrinas. Se daba a la lectura de Melanchton y de los libros luteranos. Más tarde se hizo místico y fundó una secta aparte. Su última obra fué el *Diálogo de las Lenguas*, escrito, según parece, en 1534 ó 1535. Este libro permaneció inédito hasta 1737, en que lo editó Gregorio Mayans en sus *Orígenes de la Lengua española*, dándola por anónima, aunque sabía quién era su autor.

Los interlocutores del *Diálogo* son cuatro: dos italianos y dos españoles; Marcio, que, según Usóz y Fernán Caballero, es Marco Antonio Magno, apoderado de Julio Gonzaga y traductor del *Alfabeto*, de Valdés; Coriolano, que debe ser Pedro de Toledo, secretario del Virrey. Otros han querido que fuera el Obispo de San Marcos de Calabria, un soldado español que primero se llama Pacheco y después Torres, que nada tiene que ver con Torres Naharro y Valdés, que hace de maestro, y a quien los otros consultan. Figura también un escribiente a quien los amigos esconden

en sitio donde pueda oír toda la conversación. Los cuatro amigos han salido al campo por la tarde, y los tres presentan a Valdés la cuestión de aclararles cosas que pertenecen a ortografía, a vocablos y al estilo. Valdés se resiste porque le parece cosa plebeya ocuparse de punticos y primorciços de la lengua vulgar. Y si ellos le oponen el ejemplo de las *Prose volgari*, del Bembo, él replica que aunque la lengua castellana sea tan elegante y gentil como la toscana, no ha tenido un Boccaccio ni un Petrarca. Después de un breve tiroteo de agudezas y de donaires, Valdés consiente instruir a sus amigos, y aquí empieza el *Diálogo*. Si Nebrija no hubiera escrito su *Ortografía*, su *Gramática* y su *Lexicón*, Valdés sería el fundador de la Filología española. Valdés se ocupa de los orígenes del español, fija los cánones de la etimología y del uso, valora la lengua viva y da a los refranes la importancia que merecen.

Valdés, que escribió treinta años más tarde que Nebrija, le tiene una aversión injusta, debida, sin duda, a los éxitos del filólogo salamantino. «¿Vos no veis que, aunque Nebrija era muy docto en lengua latina, que esto nadie se lo puede quitar, al fin no se puede negar que él era andaluz, adonde la lengua no está muy pura?»; «escribió su vocabulario con tan poco cuidado, que parece haberle escrito por burla», y añade: «no alcanzaba la significación del castellano».

Sabemos por Valdés que, a principios del siglo xvi, el español tenía un prestigio internacional: «como veis, ya en Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y galanía saber hablar en castellano». Marcio pregunta: «¿No tenéis por tan elegante y tan gentil la lengua castellana como la toscana?»

La lengua española en tiempo de Carlos V se estudiaba, escribía y hablaba en Alemania, Flandés, Italia y Francia, y más tarde, desde el casamiento de Felipe II con María Tudor, en la misma Inglaterra.

El traductor del *Razonamiento de empresas militares*, de Ulloa (1551), asegura que el español «es lengua muy común a todas las naciones».

Richelieu (Haveman, 312) era aficionado a escribir el español, y Margarita de Valois, hermana de Francisco I, asegura que el lenguaje castellano es, sin comparación, superior al francés para declarar la pasión de amor.

El *Diálogo de las Lenguas*, aunque no sea un tratado metódico de gramática histórica, es sumamente interesante. En él encontramos ideas muy claras sobre los elementos constitutivos de la lengua, sobre la homonimia, sobre el estilo, sobre el valor de los refranes, sobre los clásicos.

Entre los elementos constitutivos del español, Valdés encuentra algo prerromano, algo godo, mucho más de árabe y la parte principal romana. No cree que el vasco sea la lengua antigua de España, «porque el castellano no tiene elementos vascos»; el que habla una lengua ajena, siempre usa algunos vocablos de la suya propia y algunas maneras de decir. Este argumento es de gran valor, ya que, en las lenguas peninsulares, apenas encontramos un elemento que sea de origen vasco. Y añade: «también a ella se han apegado muchos de los vocablos latinos, los cuales no se conocen así por lo que les han añadido, como por la manera con que los pronuncian ni los naturales della son entendidos por ella poco ni mucho». Mayans, en sus *Orígenes*, opina lo mismo. Este gramático observó muy acertadamente que los elementos eclesiásticos de la lengua española son de origen griego. También acierta cuando explica los orígenes de la lengua española como una continuación de la lengua de los visigodos refugiados en el norte de la Península.

Hugo Schuchardt estableció, con singular clarividencia, que para indagar la etimología de una palabra era necesario conocer la realidad, la cosa misma. Este principio que ha señalado un nuevo camino a la Lingüística de nuestra época lo encontramos formulado por Valdés cuando escribe: «tenemos vocablos árabigos para aquellas cosas solas que habemos tomado de los moros. No tenemos otros vocablos con que nombrarlos, sino los árabigos, que ellos mesmos con las mesmas cosas nos introdujeron».

La diversidad lingüística y dialectal la explica igual que un filólogo de nuestros días; esta diversidad depende de no estar toda la nación bajo de un príncipe, «la cual diversidad de señores pienso yo que en alguna manera haya causado la diferencia de lenguas», pero «se apegan algo unas provincias con otras», y para probarlo hace resaltar el carácter galorrománico del catalán: «como Cataluña que ha tomado algo de Francia y Valencia que ha tomado algo de Cataluña... tiran al latín»; y caracteriza el catalán cuando escribe que antiguamente era lengua «demosina», que es ahora len-

guadoch; ha tomado mucho del latín, pero no toma los vocablos enteros; algo del francés, poco, y también algo del italiano y del castellano. La pronunciación de Valencia se acerca más al castellano, siendo más inteligible.

Explica que en Aragón se habla castellano por la mucha comunicación que estas provincias han tenido siempre con Castilla. Y en Andalucía y Murcia, se habla también castellano porque los castellanos que conquistaron estas provincias eran tantos, que bastaban para introducir su lengua y no tenían necesidad del comercio con otras naciones. También observa con agudeza que «cada provincia tiene unos vocablos propios y unas propias maneras de decir».

La suprema norma para la creación de una lengua culta y elegante es la Corte. Valdés, que se burla de los andalucismos de Nebrija, hace que sus interlocutores le pregunten «de la lengua que se usa en la Corte». No es una democratización ni una rudeza lo que elevará nuestro estilo, es la creación de verdaderas aristocracias del espíritu. Los salones franceses de los siglos XVII y XVIII crearon un esprit, un refinamiento en el hablar y en el escribir, gracias a la imitación de la Corte española.

La agudeza de ingenio de Valdés se observa en sus descubrimientos de carácter fonético:

- a) evolución de E- a h: FABA, «haba»; FILU, «hilo».
- b) la articulación linguo-alveolar de la S-; sastre se pronuncia con x.
- c) articulación velar de la R; he oído pronunciar guera, tera.

Asegura con mucha razón que la ignorancia del latín es la principal causa para la negligencia que hemos tenido en escribir la lengua castellana.

El uso excesivo de una palabra le hace perder su contenido semántico; queda degradada. Coriolano, el interlocutor de Valdés, pregunta: «Los vocablos, ¿envejecen?» Marcio: «Sí que envejecen»; «envejecen los que hoy preferimos, si lo ordena el uso».

«Multa renascuntur quae jam cecidere caduntque
quae nunc sunt in honore vocabula.»

Por vía de ejemplo citemos aquí algunos vocablos caídos en

desuso en tiempo de Valdés, algunos de ellos conservados en los dialectos :

Al, otro; *ayuso*, abajo; *asaz*, bastante; *adufe*, artero, listo; *vuelto*, turbio; *barajar*, mezclar; *cabero*, primero; *cohonder*, gastar; *cara*, por haz, etc.; *cormano*, primo; *cocho*, cocido; *desque*, cuando; *falla*, falta; *galdusa*, pérdida; *inojos*, rodillas; *ledo*, alegre; *torcida*, mecha; *so*, debajo; *sazón*, tiempo; *solaz*, placer; *talante*, gana; *vegada*, vez; *zaque*, odre. Es curioso que muchos de estos vocablos dados por arcaicos por Valdés los encontramos en catalán, en aragonés o en el leonés.

La homonimia que juega un papel tan importante en la economía de la lengua ya fué valorada por Valdés, como la había conocido Jaime March en su *Diccionari de Rims*.

«Unas veces, *este*, *esta* son verbos y tienen una significación, y otras veces son pronombres demostrativos y tienen otra significación». Valdés resuelve la homonimia poniendo la *e* inicial cuando son pronombres y dejándola cuando son formas verbales. Y más adelante escribe: la equivocación de los vocablos es en la castellana ornamento. Algunos ejemplos: *correr*, correr y enojarse; *ostia*, ostias y pescado; *Romarema* (nariz), «porque nunca dará roma lo que niega su marido»; *tocar*, tangere, pertinere, ataviarse; *cuerda*, prudente; *lonja*, lugar, lonja de tocino; *fiel*, hombre de confianza, en el que juegan las tijeras; *hierbas*, tósigos, los pastos; *falta*, defecto, juego de pelota; *pensar*, cogitare, gobernar las bestias; *pecho*, PECTUS, lo que paga el rey; *corredor*, el que corre, lonja, censal; *tacha*, defecto, clavico; *manceba*, moza, concubina; *capón*, gallo, eunuco. Estos ejemplos son suficientes para fijar la importancia que daba Valdés a la homonimia como elemento regulador de la economía de la lengua.

Nuestro gramático se preocupa del enriquecimiento de la lengua y señala una serie de palabras que desea introducir: paradoja, idiota, dócil, superstición, decoro, jubilar, temeridad, profesión, estilo, fantasía, manejo, servidumbre, novela, solacio. Y asegura que: «usándolos mucho poco a poco los ablandaré». Le interesa aproximar la lengua toscana a la española. Su criterio es opuesto al de aquellos gramáticos desgraciados que han querido eliminar toda similitud del catalán con la lengua española. «Voy siempre acomodando las palabras castellanas con las italianas, y las ma-

neras de decir de una lengua con las de otra, de manera que, sin apartarme del castellano, sea mejor entendido del italiano.»

Valdés tiene un gusto exquisito para la selección del vocabulario literario :

«Si puedo decir :	<i>salario</i>	no digo	acostamiento
—	<i>lecho</i>	—	cama
—	<i>planto</i>	—	lloro
—	<i>candela</i>	—	vela
—	<i>tapete</i>	—	alhombra
—	<i>máscata</i>	—	carátula
—	<i>cuello</i>	—	pescuezo
—	<i>roña</i>	—	sarna
—	<i>antócha</i>	—	hacha
—	<i>voluntad</i>	—	talante
—	<i>jardín</i>	—	vergel
—	<i>demandar</i>	—	pedir
—	<i>muro</i>	—	adarve.»

Las reglas que da sobre el estilo son preciosas: «Hablar o escribir de manera que vuestra razón pueda tener dos entendimientos, en todas lenguas, es muy gran falta del que habla o del que escribe. Caen en esta falta los que juntan la *a* delante de los infinitivos. El estilo debe ser natural, sin afectación. Escribo como hablo; tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quieren decir y digan cuanto más llanamente me es posible», «porque, a mi parecer, no está bien la afectación». Señala Valdés el uso superfluo del *de* y del *que*. No escribir bien es, verdad es, por es bien, porque lleva confusión: verdades, bienes. «El que quiere escribir bien debe poner los artículos» porque no poner a la cosa sus propios artículos hace que a lo que escriben se puedan dar muchos entendimientos». Observa que no hay que poner el verbo al fin de la cláusula cuando de suyo no se cale: «siempre te bien quise, por siempre te quise bien».

Su regla fundamental es: «decir lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes», «que no se puede quitar ninguna sin ofender a la sentencia, al esclarecimiento o a la elegancia».

Valdés no quiere la prosa rimbada: «evitar los consonantes

porque ellos son... cosa ajena al estilo castellano». Y añade: «tal es nuestro estilo cuales son los libros que leemos». Y exige al escribir de suerte que se alleguen cuanto fuera posible a la verdad. Y para que los escritores puedan formarse, cita los autores que puedan servir de modelo y alaba el estilo de Juan de Mena, Guevara, del Bachiller de La Torre, Jorge Manrique, Juan de Encina. En prosa, le entusiasma la traducción del *Cortegiano*, de Boscán; el *Enquiridión*, de Erasmo; la *Consolación de Boecio*, los clásicos latinos traducidos al español, las vidas de los Padres y las epístolas de Santa Catalina de Siena. Elogia al Amadís de Gaula; trata de hablista a Mosén Diego de Valera; encuentra que el estilo de la *Cuestión de Amor* no es malo; el de *Carcer de Amor* es mejor, y el de *La Celestina* es imponderable.

Valdés es un enamorado de los refranes «nacidos y criados entre viejas tras el fuego», y son «lo más puro que tenemos».

Y el ideal supremo de este tratadista es el aproximar, tanto como sea posible, la lengua castellana a la latina, para que no hubiera nadie «que no estudiase cualquier libro escrito en castellano, y apenas habría castellano que no entendiese lo más de cualquier libro latino». Hay algunos que porfían contra razón que la lengua toscana tiene más de latina que la castellana. Y asegura Valdés que la belleza del español radica en su aproximación al latín.

GREGORIO MAYANS

Entre los tratadistas de la lengua española ocupa un lugar preeminente Gregorio Mayans y Siscar. Sus *Orígenes de la Lengua española* pueden considerarse como la obra fundamental de la Filología románica. Mayans nació en Oliva (Alicante), en 9 de mayo de 1699. Estudió en Barcelona, Valencia, Salamanca y Gandía. Se distinguió como estudiante y como catedrático. En 1733 fué nombrado bibliotecario de S. M. Felipe V, cargo que desempeñó hasta 1740. En 1742 fundó la Academia Valenciana. Su bibliografía múltiple y diversa es interesantísima. La obra de este polígrafo que tiene para nosotros un mayor interés son los *Orígenes de la Lengua española*, que son una verdadera enciclopedia de la lengua. Los factores históricos que condicionan la creación del español, sus elementos constitutivos (el griego, el ibérico, el celta, el germánico)

son estudiados en esta obra como lo serían en una Gramática histórica del siglo xx. Las leyes que regulan la evolución de las vocales y consonantes son fijadas por Mayans con indicaciones precisas. El vocalismo y el consonantismo estudiado en la *Gramática de las Lenguas románicas*, de Díez, lo encontramos formulado de una manera rudimentaria en Mayans :

- 1) A muda en e:

AXIS: eje	FACTU: hecho
ALACRIS: alegre	DENARIU: dinero
BASSIO: beso	TRACTU: trecho

- 2) A muda en au: CAPITALE: caudal.

- 3) AE diftongo muda en i: AESOPU: isopo; AEQUALIS: igual.

- 4) AU diftongo muda en o:

AURO: oro	TAURU: toro
CAUDA: cola	PAUPERE: pobre
MAURU: moro.	RAUCO: ronco

- 5) E muda en ie diftongo:

HEDERA: iedra	FEL: hiel
CERVO: ciervo	NEBULA: niebla
DENTE: diente	PES: pie
FERA: fiera	SEMPER: siempre

Esta mudanza de la E en ie es muy frecuente en la primera, segunda y tercera persona del singular y tercera del plural del presente de indicativo, y en el imperativo y futuro del optativo y presente de subjuntivo (409).

- 6) La I muda en e:

IBERO: ebro	BIBERE: beber	PICA: pega
ILLU: el	BITUMINE: betún	PISCE: pez
IN: en	CISTA: cesta	
INTER: entre	CRISTA: cresta	

7) En las conjugaciones de los verbos suele mudarse la I en e por causa del sonido.

Y, que llamamos griega, no porque le demos el mismo sonido de los griegos, sino por haber tomado de ellos la figura : a) se muda en e:

CORCYRA : Córcega PAPHYRUS : papel SYLVA : selva

b) se muda en j: HYACINTUS : jacinto.

8) La O muda en ue:

BONU : bueno	COLLU : cuello	
CORVO : cuervo	OVO : huevo	PORCO : puerco
	MOLA : muela	ROTA : rueda
CHORDA : cuerda	NOVEM : nueve	SOLO : suelo
CORNU : cuerno	NOVO : nuevo	
FORTE : fuerte	PONTE : puente	SOMNU : sueño

9) U muda en o:

UTRE : odre	BUXU : boj	HUMERU : hombro
UNCIA : onza	CUM : con	PULLU : pollo
URSA : orsa	CUPRE : cobre	PULVIS : polvo
ANGUSTU : angosto	FURNU : horno	TURRE : torre
TUSSIS : tos	GELU : hielo	

10) Muchas de las leyes que rigen la evolución de las consonantes españolas ya figuran formuladas en los *Orígenes*, de Mayans:

11) La B muda : a) en f: SCOBINA : escofina ; b) en h: BUBO : buho ; c) en u vocal : ABSENCIA : ausencia.

12) La C muda : a) en g:

CRETA : greda	FOCO : fuego
CRYPTA : gruta	SUCCU : jugo
DICO : digo	VINDICARE : vengar

b) en i: DELECTARE : deleitar.

13) CL muda en ll: CLAMARE : llamar ; CLAVIS : llave.

14) CT muda en ch:

AQUAEDUCTU: aguaducto

DESPECTU: despecho

NOCTE: noche

TRACTU: trecho

CINCTU: cincho

FACTO: hecho

OCTO: ocho

15) F muda: a) en b:

AFRICO: ábrego

TRIFOLIUM: trébol

b) en h:

FABA: haba

FACIES: haz

FATO: hado

FENESTRA: hiniestra

FILO: hilo

RAFANO: rábano

FOSSA: huesa

FILIO: hijo

FOCO: huego

FUNCU: hongo

FOENO: heno

16) FL muda en ll: FLAMMA: llama

17) G muda: a) en y: GELU: yelo; GENERO: yerno; GYPSO: yeso; EGO: yo. b) en ñ letra española: PREGNANS: preñada cosa; PUGNO: puño; SIGNO: seña; TAM MAGNO: tamaño.

18) L muda: a) en i: VULTURE: buitre. b) en j: PALEA: paja. c) en ll: LUSCUS: lloco; BALLENA: ballena; TALEA: talla.

19) LT muda en ch: MULTO: mucho; PUERTIS: puches.

20) M muda en n: CUM: con; INTERIM: interin; LIMPIDO: lindo; SEMITA: senda.

21) MN muda en ñ: SCAMNO: escaño; SOMNO: sueño.

22) N muda en L: ANTENATO: alnado; BONONIA: Bolonia; PANORMO: Palermo; VENENO: beñeno.

23) N doblada en su origen y aplicada cada una a diferentes sílabas, después convertidas ambas en una sola letra que llamamos eñe: ANNUS: año; PANNO: paño; QUOTANNIS: cadaño.

24) GN muda en ñ: CINGO: cñio; TANGO: taño; TINGO: tiño; PLANGO: plaño.

25) NI muda en ñ: SENIOR: seño; ZIZANIA: cizaña.

26) PH muda: a) en f: SPHERA: esfera; PHASIANUS: faisán. b) en p: SPHAERA: espeta. c) en b: STEPHANUS: Esteban; CHRISTOPHORUS: Cristóbal; RAPHANUS: rábano.

27) P muda : a) en b: APE : abeja ; APRILIS : abril ; CAPILLO : cabello ; LUPO : lobo. b) en ch: PIPIONE : pichón.

28) PL muda : a) en ch: AMPLO : ancho. b) en ll: PLANTAGO : llantén ; PLANCTU : llanto.

29) QU muda : a) en z: QUINQUE : cinco ; COQUERE : cocer ; LAQUEO : lazo. b) en g: QUIRITARE : gritar ; AQUILA : águila ; AQUA : agua.

30) R muda : a) en g: CORCVRA : Córcega. b) en l: ARBOR : árbol ; ARBITRIO : albedrío ; ARMENA : almena ; LILIO : lirio ; MARMOR : mármol.

31) S a) quitada del principio : SCHEDULE : *cédula* ; SCINTILLA : centella ; SCIENCIA : ciencia. b) mudada en g: *ge* por *se* decían los antiguos : SIRINGA : jeringa ; TISERAS : tijeras ; VESICA : vejiga. c) mudada en j: SAPONE : jabón ; SALAGMA : jalma ; SALONE : jalón ; SAETABIS : Játiva ; SIROP : jafope ; PASSAS : pajas. d) muda en z: SAMPOGNE : zampona ; SOCCO : zueco ; SULPHURE : azufre.

32) T a) mudada en c o z: LINTHEO : lienzo ; PLATEA : plaza ; RATIONE : razón ; SALUTATIONE : salutación ; UNCTIONE : unción ; TITIONE : tizón. b) mudada en d: ALUTA : aluda ; CRETA : greda ; LUTO : lodo ; MATRE : madre ; RUTA : ruda. c) pasa a rr: PETRO : perro.

33) V a) consonante mudada en g: VASCO : gascón ; VASTARE : gastar ; VULPE : golpeja ; VOMITARE : gomitara. b) en m: VIMINE : mimbre.

34) W mudada en g: WALES : Gales ; WEISE : guisa.

35) X a) conservando la c y perdiendo la s: CRUX : cruz ; FELIX : feliz ; LUX : luz ; PAX : paz ; VOX : voz. b) perdiendo la c y conservando la s: XIXTUS : Sixto ; DEXTERA : diestra ; FRAXNO : fresno ; TOXICO : tósigo. c) conservando la g y perdiendo la s: AXE : eje ; EXEMPLO : ejemplo ; MAXILLA : mejilla ; TEXERE : tejer.

Mayans, al hablar de su método (37) escribe : «Lo que sería muy del caso es que a imitación de la inducción que yo he hecho en las letras (la cual en más ocio sería más copiosa y cumplida), se hiciese otra en las sílabas. El método que en esto debe practicarse es proponer primeramente toda la silabación española y aplicar

después los ejemplos deste modo». Aquí, Mayans señala el método aplicado a la Fonética histórica que un siglo más tarde aplicaría Federico Díez en su *Gramática de las Lenguas románicas*.

«En mi ABC español, queriéndolo Dios, se verá todas las combinaciones posibles según la pronunciación que de cinco siglos a esta parte tiene la lengua española. Y procuraré dar ejemplo de cada sílaba, porque, por necesaria inducción, sale que sólo son sílabas españolas aquellas de que se puede señalar ejemplo en las dicciones que tiene recibidas la lengua española, cosa que me admiro que no haya observado la Real Academia Española (438-439). Bien ejecutadas estas diligencias, que piden un gran conocimiento de la lengua, mucha meditación y un genio observador y reflexivo, se advertirá que en los tránsitos que hacen las dicciones de unas lenguas a otras se añade o se quita una o muchas letras, según la naturaleza y genio de cada lengua. Porque si el vocablo propio de la lengua matriz tiene alguna letra o silabación de la cual carece la otra lengua que ha de recibir el vocablo, es preciso que se omita aquella letra o silabación, o a lo menos que a la tal silabación o unión de letras se le quite o mude alguna de ellas, o se añade otra para que la sílaba sea conforme a la pronunciación de la lengua. Estas añadiduras o quitamientos de letras, o de sílabas, se hacen al principio, al medio o al fin de las dicciones» (439).

El partir en la Fonética histórica y en la etimología del caso oblicuo no es cosa nueva en la Filología románica; Mayans lo señaló: «Las etimologías, mejor se hallan en unos casos que en otros, y mejor en unas personas que en otras» ... «no siempre son los nominativos y las primeras personas de los verbos... la raíz suele ser el ablativo, ahora se decline por la segunda, ahora por la tercera declinación» (440). La persecución de los elementos extraños de una lengua que un día fué moda es fustigada por Mayans: «cuando las voces se introducen de una lengua a otra, no suele tener lugar la elección, sino que obliga a dar principio a tal introducción la necesidad o poca reflexión de quien habla» (443).

Los elementos heterogéneos de una lengua son un reflejo de las culturas distintas que han influido sobre el país: «Un provecho tiene esta variedad de voces de diferentes lenguas, que

mantiene la memoria de las antiguas invasiones de las gentes y de la diversidad de dominios, y la del trato con las naciones cuyos vocablos permanecieron» (443-444). Y con una finura y espíritu penetrante añade que «no es la lengua española lo que nos hace falta para hablar con perfección, sino que somos nosotros los que, por falta de la habilidad, faltamos a ella».

Años atrás descubrí que los diccionarios del Renacimiento eran una copia unos de otros, de manera que, en realidad, al lado de la lengua del diccionario, que tiene un carácter internacional, existe la lengua de cada país, la lengua dialectal. Mayans ya observó este procedimiento: «Ni tampoco inido la abundancia de la lengua española con los diccionarios, porque todos los que tenemos son muy pobres de voces..., por haber sido en sus autores mayor la ansia de copiar unos de otros que de añadirlos (Ib., 146).

El estudio de los elementos extraños del vocabulario español, muy temprano, ya ha sido objeto de investigaciones especiales. Bernardo Aldrete, canónigo de Córdoba, reúne los vocablos godos que tenemos en romance, la mayoría de los cuales figuran en la *Historia de las gentes septentrionales*, de Oloa Magno, y que se han repetido hasta el último diccionario etimológico de Meyer Lübke.

Los elementos arábigos incorporados al español han sido estudiados por Martí, por Francisco López Tamarid e incorporados desde Nebrija hasta Simonet y Steiger.

Mayans reúne los diferentes elementos que integran la lengua española. Asegura que muchos de los nombres griegos significan cosas de religión; tienen el mismo origen los nombres que designan artes y ciencias y enfermedades; señala los nombres de origen hebreo (362); establece la lista de palabras de origen celta incorporadas al español (366); da una serie de palabras de origen oriental y americano: algodón, chocolate, cacao, jazmín, naranja, etc., e indica que el vocabulario militar español es de origen francés. Mayans se refiere a la onomatopeya, que es la formación de un nombre cuyo sonido expresa la naturaleza de lo que significa.

Las reglas que establece para la etimología podría haberlas dictado el mismo Schuchardt: «Las etimologías, unas veces se

sacan por el conocimiento de las cosas significadas; otras, por las mismas cosas y también por las palabras que las significan; otras, sólo por las palabras» (381).

Y los *Orígenes de la Lengua española* son la mejor fuente para conocer la historia de la Filología española; ellos valoran de una manera justa a Nebrija, a Valdés, al canónigo Aldrete, a Alexjo Venegas, a Francisco Sánchez, a López Tamarid, a Govarrubias.

LA DISCIPLINA DE LA FILOLOGÍA ROMÁNICA EN ESPAÑA

Si el movimiento romántico hubiera tenido sus orígenes en España, Gregorio Mayans sería valorado como el maestro de la Filología románica. En ningún país de Europa, los estudios empíricos de la lengua habían tenido tanto auge como aquí. Pero el ambiente para todo lo que es espiritualidad desapareció de España con las revoluciones y contrarrevoluciones, que duraron un siglo. Sólo espíritus solitarios pudieron seguir de lejos el movimiento científico que reclama sosiego del alma y apartamiento del mundanal ruido.

El Romanticismo penetra tarde en España, y las disciplinas que de él derivan llegan aun más tarde al suelo español.

A imitación de Raynouard, que compuso su *Lexique roman*,¹ Félix Torras Amat prepara un léxico del catalán antiguo y una Gramática histórica que nunca llegaron a publicarse.

Los primeros estudios metódicos de Filología románica que conocemos en España son los de Milá y Fontanals, quien no sólo se preocupa de los *Trovadores en España*,² se interesa también por los problemas de Gramática histórica, dialectos, cantos y tradiciones populares. Milá es un filólogo integral que introdujo los estudios de Romanística en España.

Milá tiene tres discípulos, cada uno de los cuales sigue una trayectoria distinta: Marcelino Menéndez y Pelayo, el pensamiento y el verbo de la nueva España imperial, que valora la

1. París, 1844; 6 vol.

2. Memoria acerca de los dialectos de la lengua de oc. Barcelona, 1859. *Estudios de de lengua catalana, Obras completas*, III, 507-556. *Formación de las lenguas romances*, Ib., II, 1-15. *Estudios sobre los orígenes y formación de las lenguas romances y especialmente de la provenzal*, Ib., IV, 75-125.

grandeza de la Literatura española; Antonio Rubió y Lluch, que dirige sus actividades hacia la Historia de la Cultura del Reino de Aragón y de su expansión hacia Oriente, y Balaguer y Merino, que habría sido el romanista español que enlazara la tradición de Milá y Fontanals con nuestra época. Este joven romanista, que había entrado en contacto con los romanistas franceses y con los provenzalistas de su época, murió en plena juventud cuando en él se habían cifrado las mejores esperanzas.

Comparece en la Universidad de Barcelona un profesor de lengua griega que crea a su alrededor la escuela de helenistas españoles como Codera, el recio aragonés, que había creado la escuela de arabistas de España. Balari y Jovany, que no ha dejado investigaciones de Filología clásica, publicó unos *Orígenes históricos de Cataluña*¹ que son una obra fundamental para la Historia de la Civilización, la Toponimia y la Cultura de nuestra región. Con una crítica meticulosa prepara un diccionario interesantísimo que aun no ha acabado de publicarse.

Contemporáneo de Balari y de Milá fué don Mariano Aguiló,² lexicógrafo y folklorista, como su compatriota Mosén Alcover, el cual nunca habría llegado a publicar su diccionario si un heredero piadoso, don Manuel de Montoliu, no hubiera dedicado gran parte de su vida a la liquidación de su herencia.

La incorporación de los estudios de Lingüística románica de España al movimiento general de la Lingüística comienza hacia 1912 con la publicación de la *Revista de Filología Española*,³ en Madrid, con el *Bulletin de Dialectologia catalana*⁴ y la *Biblioteca Filológica*,⁵ en Barcelona. El núcleo de Madrid, con Ramón Menéndez y Pidal al frente, disfrutó de la plena protección del Estado; el núcleo de Barcelona, compuesto por el malogrado P. Barnils, Manuel de Montoliu y el que os dirige la palabra, por razón de ocupar un puesto secundario, no llegó a poder realizar sus ideales ni en el dominio de la Fonética, ni en el de la Lingüística románica, ni en el de la Historia literaria.

1. Barcelona, 1899, 751 págs.

2. *Diccionari Aguiló. Materials lexicogràfics*, 1914-1934.

3. Madrid, 1914-1941.

4. Barcelona, 1913-1937.

5. Barcelona, 1913.

El núcleo de la *RFE* se ha distinguido por sus tendencias histórico-literarias. Los pocos trabajos de Lingüística aparecidos en la revista son de filólogos extranjeros casi en su totalidad. En cambio, los del núcleo del *BDC* giran alrededor de la Lingüística en sus múltiples manifestaciones. Las actividades de este sector de lingüistas españoles marchan al ritmo de las diferentes escuelas y tendencias, teniendo en ella un eco todas las nuevas directivas de la Lingüística románica.

Analicemos brevemente de una manera crítica las diferentes escuelas de Filología románica y escuchemos cómo su eco se repite aquí para conocer el camino ascendente seguido por esta rama de estudios en todas partes, y de una manera especial en España.

Precisa también plantear unos problemas tan interesantes como el del origen de las lenguas galorrománicas e iberorrománicas, el de los sustratos, el del origen de la lengua vasca y de la lengua prerromana de la Península ibérica, que son los problemas candentes de la Lingüística románica.

CONCEPCIÓN MATERIALISTA

El materialismo que ha caracterizado al siglo XIX ha influido de una manera decisiva sobre las concepciones científicas y sobre la Ciencia de este siglo. En el dominio de la Filología, el mecanicismo de las leyes fonéticas, que debían señalar un ritmo fatalista a la evolución de la lengua, han informado la concepción lingüística de gran parte de germanistas y romanistas del siglo XIX y XX, no faltando en España, hasta hace poco, algún representante de este fatalismo. Son y eran los que negaban la primacía al espíritu e incluso su existencia. Los prejuicios religiosos son, para los materialistas, un estorbo para el investigador, coartan la libertad. El que admite el Dogma es un incapacitado para la Ciencia. El orgullo del hombre científico reclamaba la negación del orden sobrenatural y de toda práctica religiosa. Los estudiantes incrédulos de treinta años atrás, mis condiscípulos de las Universidades del Centro de Europa, son los que hoy adoran a Wotan, celebran la fiesta del solsticio, creen en el dogma infalible de la superioridad de una raza y contemplan impasibles cómo va des-

moronándose el gran Coloso de una cultura que tiene la cabeza de oro y los pies de barro.

Los principios y las leyes científicas que, treinta años atrás, eran considerados como grandes conquistas de la Humanidad, han envejecido. Sólo el espíritu es inmortal y la jerarquía de lo espiritual es eterna. Toda concepción científica, política o social que no esté informada por el espíritu, está destinada a desaparecer.

En el campo de la Filología, la concepción puramente materialista ha fracasado completamente, tanto en el orden de las leyes fonéticas como también en la Etimología.

Hace unos años que hice una observación a la etimología del aragonés *paniquesa*, dada por el profesor de Munich Gerhard Rohlfs, que explica el origen del nombre de este animal «por el comer pan y queso». Y cada vez que encuentra en los dialectos gascones, o de la Italia meridional, o en Cerdeña, algún refrán o canto popular que se refiere al «pan y queso» de la comadreja, los cita con gran júbilo y cree tener un nuevo argumento que corrobora su concepción materialista. Pero la realidad es otra: el nombre da origen a la creencia, le mete espíritu: *Mamet* es el nombre de MAMERTU, Obispo de Vienne en Francia. Las madres que no pueden amamantar a sus hijos los llevan a las capillas dedicadas a este santo, para que puedan chupar la leche de los pechos de sus madres. En la región pirenaica tenemos el santuario de Mongrony (provincia de Gerona). Las madres que tienen mal de pechos ofrecen un exvoto a la Virgen venerada en este santuario, para curar del mal de pechos. El pezón es conocido en catalán por *mugró*. Un santo muy popular es especial protector de los que tienen alienadas o perturbadas las facultades mentales, es san Simplicio. El que está faltado de juicio es un *simple*. Cualquiera puede adivinar la relación existente entre SIMPLICIUS y *simple*. Los nobiliarios nos ofrecen ejemplos interesantes de etimología popular. Las cabras de los escudos de las familias de los Cabreras, los ciervos de la familia de los Cervelló, los osos de la noble familia de los Alós o el olivo de los Montoliu, son ejemplos palpables de la creación de las cabras, de los osos, de los ciervos y de los olivos por razón del nombre.

La concepción, materialista sienta el principio indiscutible de

que cada sonido que se encuentra en las mismas condiciones que otro debe tener necesariamente la misma evolución, debe seguir el mismo camino: es necesario que se mueva dentro de la misma trayectoria. Ahora bien, cada palabra que pronunciamos es una nueva creación; el que la pronuncia infunde en ella algo de su espíritu. Jamás una palabra se pronuncia dos veces en circunstancias idénticas. Este hecho explica que lo que es una aparente irregularidad en la evolución fonética, es una norma perfecta.

CULTURA, LENGUA, TRADICIÓN

La tendencia lingüística dedicada al estudio de la Cultura material (las palabras y las cosas, «Wörter und Sachen») deja un poco al margen la vida espiritual para otorgar la primacía a la cultura material. La lengua es una creación del espíritu que se comunica de un individuo al otro por medio de la palabra. La concepción del mundo materialista del siglo XIX y de principios del XX ha influido decisivamente sobre las directivas de los lingüistas, manteniéndolos alejados, y sin contacto con la tradición y la Cultura genuinamente popular.

La Filología románica en sus orígenes prestó la mayor atención a los estudios sobre la tradición popular y a las manifestaciones del espíritu, características de cada país. Es en Italia donde el Conde de Nigra escribe su prólogo admirable a sus *Poesia popolare italiana*¹ y donde Pitre recoge las leyendas y tradiciones populares de la Italia meridional.² Es en Francia donde los discípulos de Raynouard recogen las tradiciones populares, los juegos infantiles del Mediodía, y Rolland y Sebillot reúnen en su *Faune Populaire de la France*³ el tesoro de las tradiciones populares de su país.

España no quedó al margen de estos estudios. El maestro y plasmador de la ideología de la nueva España, Milá y Fontanals, recoge el *Romanceroillo popular* y un sinnúmero de tradiciones populares en gran parte inéditas y conservadas en la Biblioteca Menéndez y Pelayo. Aquí siguen sus pisadas Mariano

1. 1876.

2. *Biblioteca delle tradizioni popol. italiane*, 1871.

3. 1877.

Aguiló, Maspons y Labrés y Mosén Alcover con sus incomparables *Rundayes mallorquines*. Y es en Sevilla donde Machado inicia un archivo de Folklore que tendrá un magnífico complemento en el *Refranero popular*, de Rodríguez y Marín. En Galicia, también adquieren singular arraigo las investigaciones sobre las tradiciones populares, como las adquieren también en el país vasco, donde Barandiarán ha reunido una gran cantidad de materiales folklóricos interesantísimos para conocer la cultura popular de aquel país.

La articulación de la Lingüística con el estudio de las tradiciones y la Cultura popular es obra del profesor Luis Gauchat y de sus colaboradores en el *Glossaire des Patois de la Suisse romande*, Tappolet y Jeanjaquet, los cuales, al incorporar a su *Glossaire*¹ todo el elemento dialectal y popular, han orientado la Lexicografía hacia un sentido profundamente humano. La recolección de los materiales para levantar su edificio, sacándolos de la gran cantera de la vida popular por medio de cuestionarios redactados con la máxima escrupulosidad y contestados por personas que conocen y viven la tradición, representa un progreso extraordinario en la metodología lingüística. Basta estudiar la parte del *Glossaire*, hasta ahora publicada, para darse cuenta de que nos encontramos delante de una admirable enciclopedia de la cultura popular suiza. Y los métodos y el sistema seguido por el profesor Gauchat son seguidos por Salvioni y Merlo² en la Italia septentrional, por Planta y Pult en el Graubünden.³

Y paralelamente a la obra del *Glossaire*, otra empresa gigantesca valora la lengua, la Cultura y las tradiciones populares de la Suiza romanscha, de Italia, de Cerdeña y de Sicilia, es el *Atlas lingüístico suizo italiano*, de Jaberg y de Jud, con la colaboración de Schcuermaier, Wagner y Rohlf.⁴ Este atlas, el mejor de los preparados hasta ahora, incorpora la Cultura material a la cartografía lingüística, lo que permite conocer las diferentes etapas que esta cultura ha tenido desde los Alpes hasta Sicilia; es

1. *Glossaire des patois de la Suisse Romande*. I, II.

2. *Dizionario svizzero italiano*.

3. *Dizionario Rumantsch grischun*, 1941.

4. *Atlante linguistico svizzero italiano*. 3 vol.

un reflejo de las distintas influencias ejercidas por los diferentes Estados medioevales que precedieron a la unidad italiana.

Nuestra Escuela Filológica de Barcelona se ha hecho eco de estas novísimas tendencias suizas, incorporando a las investigaciones lingüísticas la tradición y la vida popular.

El *Tresor de la Llengua de les Tradicions i de la Cultura popular*¹ representa la continuación en España de las actividades que caracterizan la escuela de Zurich y que, por una parte, valora el *Atlas lingüístic* que sirve para conocer las distintas capas lingüísticas del subsuelo de la lengua, y, por otra, crea el diccionario dialectal, el *Tresor* que señala la irradiación de cada palabra en sus aspectos prolíficos y semánticos. Creemos no estar alejados de la verdad si afirmamos que la empresa conjunta del atlas y del diccionario dialectal representa un paso adelante en la metodología de los estudios lexicográficos. El instrumento más útil para investigar y conocer la vida espiritual y la tradición popular de un país es, sin duda alguna, un tesoro de la lengua que contenga todo el léxico dialectal y literario de un dominio lingüístico, su refranero popular, la leyenda y la frase hecha, la tradición religiosa y la mitológica. Y un tal diccionario es el pueblo quien lo crea y quien lo escribe; es el manual de la Historia de la Cultura de un país.

Y alrededor del *Tresor* nacen una serie de estudios de carácter semasiológico, de vida popular y de Liturgia popular altamente sugestivos e interesantes.²

La influencia de esta tendencia se deja sentir al extranjero. A pesar de no tener aquí la vida académica estructurada alrededor de nuestra escuela, se escribe a su entorno un número considerable de disertaciones y se prosiguen también investigaciones interesantísimas.

Una de las preocupaciones de la labor científica aquí desarrollada ha sido la de aportar nuevos puntos de vista y elementos nuevos para la solución de problemas de carácter lingüístico interrománico y, a la vez, el proporcionar los materiales y los elementos indispensables de los dialectos españoles para los estudios de carácter interrománico.

1. Barcelona, 1935, ss.

2. Véase BDC., XIX, 1, ss.

LOS ESTUDIOS DIALECTALES

Los estudios dialectales representan un paso hacia adelante en el camino seguido por la Filología románica que, partiendo del texto medioeval, camina hacia el estudio de la palabra viva. En nuestro país, y en una época muy temprana, nos encontramos con historiadores que señalan de una manera inequívoca el carácter de nuestros dialectos.¹ Baldiri Reixach observó muy temprano ciertas características de la lengua hablada en la región gerundense.² Viciana³ y Escolano hicieron observaciones agudísimas sobre los dialectos del Reino de Valencia.

El movimiento que se caracteriza por el estudio de la palabra viva deriva de G. Ascoli, el cual, en su *Saggi Ladini*,⁴ señaló las características de los dialectos francoprovenzales, atribuyéndoles el carácter de una lengua con notas típicas del francés y del provenzal. La tesis de Ascoli fué duramente criticada por Gastón Paris, quien, en un famoso discurso pronunciado en 1888,⁵ ponderando la importancia de los estudios dialectales, negaba la existencia de los límites que caracterizan los dialectos.

El Barón de Tourtoulon,⁶ biógrafo del Rey Jaime el Conquistador, ensayó el fijar un límite entre el francés y el provenzal, trazando la línea que separa los dialectos de la Francia septentrional de los de la Francia meridional, desde el Atlántico a los Alpes. Con todo, no llegó a dar una explicación geográfica e histórica que la justificara y que seguramente tenemos que buscarla en la expansión máxima del imperio visigótico hacia el siglo vi y vii, como veremos más adelante.

Dos discípulos y admiradores de Gastón Paris, Jules Gilliéron y l'Abbé Roussolt, seguidores y discípulos predilectos del maestro

1. PUJADAS escribe: «lo usar las comarcas de las riberas de Hebro y Segre la e, y las del Ter la a y las del Tech y Latet la o y u, que per no ser mes llarch será bé passar en silenci» (PUJADAS, *Crónica*, 1609, 3-4).

2. *Instruccions per l'ensenyança de minyons*, 1748, 299.

3. *Libro de alabanzas de las lenguas hebrea, griega, latina, castellana y valenciana*. Valencia, 1625.

4. *Archivio glottologico*, 1873.

5. *Revue des Patois gallo-romans*.

6. *Etude sur la limite géographique de la langue d'oc et de la langue d'oïl*, 1876.

de la Filología románica, emprendieron la publicación de la *Revue de Patois Gallo-romans*,¹ sumamente interesante por las pequeñas monografías dialectales y por el sistema de transcripción fonética que caracteriza los atlas lingüísticos. De esta revista nacen dos trayectorias de la Filología románica: la Dialectología con la Geografía lingüística y la Fonética experimental.

Un artículo del profesor L. Gauchat, «Gibt es Mundartengrenzen»,² adquirió gran resonancia entre los romanistas, por ser una rectificación de la teoría de Gastón Paris, que sostenía que la lengua se extendía como mancha de aceite y que no se sabe dónde un fenómeno acaba y principia el otro. Gauchat señala los límites dialectales entre dos valles alpinos separados por una serie de criterios fonéticos, morfológicos y lexicales y, a la vez, descubre los factores de carácter histórico, económico y geográfico que los determinan. Zimmerli³ publica un estudio indicando el trazado de la frontera lingüística francoalemana y, poco después, Morf descubre los factores históricos que separan el catalán del Rosellón del languedociano.⁴ B. Schaedel⁵ reanuda este tema en relación con el gascón del Valle de Arán y el dialecto del Pallars, y en relación también entre el rosellonés y el languedociano.⁶ A la vez busca la explicación históricogeográfica de estas fronteras, que será rectificada por los magistrales trabajos de sus discípulos K. Salow⁷ y F. Krüger.⁸

Entretanto, en España, Ramón Menéndez Pidal señala los límites del leonés,⁹ que se explican por las condiciones del Reino de León; fija la penetración del aragonés en lo que es hoy Diócesis de Segorbe por los caminos que ha seguido la reconquista.¹⁰ Esta misma explicación he dado yo para la frontera catalano-aragonesa,¹¹

1. París, 1888-1892.
2. *Archiv für Studium der neueren Sprachen und Literaturen*. 1903, 365, ss.
3. *Die deutsch-franz. Sprachgrenze in der Schweiz*, 1891.
4. *Bulletin de Dialectologie romane*, I, 1, ss.
5. *Romania*, 1908.
6. *Revue de Dialectologie romane*, I, 1, ss.
7. *Sprachgeographische Untersuchungen über den östlichen Teil des Katalanisch-languedokischen Grenzgebiet*, 1912.
8. *Sprachgeographische Untersuchungen in Languedoc und Roussillon*, 1913.
9. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1905.
10. *Congrés de la llengua catalana*, 340.
11. *Barcelona*, 1914.

rechazándola con palmaria contradicción el mismo Menéndez Pidal.¹ Alcover² ha dado ciertas indicaciones sobre los límites entre el catalán oriental y occidental que ya habían sido indicados por Milá y Fontanals.³ Saroihandy se ha ocupado de ciertas características del ribagorzano.⁴ Hadwiger estudió el límite que separa el valenciano del aragonés y murciano desde cerca de Morella hasta Santa Pola,⁵ y Barnils estudió los límites del alicantino⁶ y también los del «parlar apitxat» de la región valentina.⁷

En 1919 he publicado una *Contribució a una Dialectologia catalana* y he ensayado establecer la gramática histórica de los distintos dialectos catalanes, y con satisfacción puedo asegurar que hasta la fecha, casi nada de nuevo ha aparecido que la complete o que la rectifique.

LA GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

Los estudios de Lingüística románica experimentaron una transformación profunda con la publicación del primer fascículo del *Atlas linguistique de la France*,⁸ de Guilliéron, y de su estudio «Scier dans la Gaule romane».⁹

Para asegurarse la veracidad de un principio científico, es cosa práctica y sumamente recomendable comprobar su certeza por medio de un proceso parecido en disciplinas paralelas. Gilliéron aplicó los métodos de la Geografía y de la Geología, transportando sobre mapas y en el mismo sitio donde la palabra vive, su forma transcrita fonéticamente. Este método fué una novedad fecunda en el campo de la Lingüística románica.

Los atlas de Weigand y de Wrede,¹⁰ que sólo dan los resultados interpretados sobre los mapas, no tienen interés metodológico.

La interpretación de los mapas del atlas produjo una revolución en nuestros métodos. El estudio ya citado, «Scier dans la Gaule ro-

1. *RFE.*, III, 73-88.

2. *BLLC.*, VIII.

3. *Obras completas.*

4. *El català dels Pirineus a a railla d'Aragó. Congrès Llengua Catalana*, 331-334.

5. *ZRPh.* XXIX (1905).

6. *Die Mundart von Alacant*, 1913.

7. *BDC.*, I, 18-25.

8. París, Champion, 1905.

9. 1905.

10. *Deutsches Sprachatlas.*

mane», valoró un factor nuevo que si era conocido, no se le atribuía la importancia debida. Este factor es la *Homomimia*. El principio de que dos palabras coincidentes no pueden ocupar simultáneamente el mismo lugar en la economía de la lengua, es decisivo: *serrar* no puede significar simultáneamente, y en un mismo lugar, dos cosas a la vez: «cerrar una puerta» y «aserrar una madera». Y sin tener en cuenta las leyes fonéticas que deberían regir de una manera inexorable, *SERRARE* es substituído por *SECARE* «segar» en el dominio iberorrománico, y recibe una *a* protética en *aserrar* «cortar con la sierra»; y prescindiendo de la inexorabilidad de las leyes fonéticas, la *S* inicial pasa a *cerrar* en español. Y como los dialectos galorrománicos desconocen este sonido, y «serrar» no puede tener a la vez múltiples significados, comparece un «tancar» catalano-provenzal. No siendo todavía suficiente esta solución, el francés recurre a un «fermer» de *FIRMARE*, para «cerrar», y a un «scier» de *SECARE*, para «aserrar».

Cuando un caso de homonimia afecta a varias lenguas románicas, tenemos un indicio seguro que la colisión se produjo en la época del latín vulgar, o sea en el período anterior a la diftongación y al de la pérdida de las consonantes finales. He adquirido la convicción de que la diftongación es un resultado de la homonimia entre el caso recto y el caso oblicuo, y que la introducción del artículo románico es debida a la necesidad de resolver la distinción genérica imposible de hacerla por haberse perdido la desinencia.

Es un aspecto interesantísimo el que ofrece la homonimia en la Toponimia. La necesidad de distinguir dos localidades del mismo nombre crea recursos sumamente curiosos y sugestivos. Unas veces es un diminutivo aparente y un distintivo real lo que sirve para distinguir dos localidades: *Cerdaña* y *Sardañola*; *Barcelona* y *Barceloneta*; *Urtg.* (Cerdaña), *Urgell* y *Urgellet*; es otras veces un adjetivo: *Vilarsubirá* y *Vilarjussá*; otras ocasiones es un *nuevo* y un *viejo* lo que proporciona el elemento distintivo: *Vilavella*, *Vilanova* y, finalmente, no es cosa rara que el nombre de la localidad desaparezca para ser substituído por otro.

La homonimia no es una teoría nueva en la Lingüística. Jaime March¹ hace alusión a ella con frecuencia y la valora debidamente.

1. *Diccionari de rimis.*

Los gramáticos del Renacimiento, cuando substituyen el valor del acento que pasa de su carácter de intensidad a indicar los matices fonéticos, establecen de hecho un reconocimiento de la importancia del principio de la homonimia.

En el uso corriente de la lengua existe un principio regulador de la economía de la misma: todo se supedita a la comprensión mutua de los que hablan y al evitar la confusión de vocablos.

La mayoría de los romanistas se ha resistido y se resistió a admitir a la homonimia como elemento capital de la evolución de la lengua. Son pocos los que la admiten sin reservas. En España nos hemos hecho eco de esta tendencia. Desgraciadamente, el manuscrito de cuatro tomos del *Atlas lingüístico de Catalunya* ha desaparecido y con él también una serie de estudios de Geografía lingüística a punto de publicar.

LA TOPONIMIA

Los estudios de Toponimia han adquirido una singular importancia durante los últimos años. Poseemos una revista dedicada exclusivamente al estudio de los nombres de lugar y a los nombres personales: la *Zeitschrift für Ortsnamenforschung*. En 1938 se celebró en París el primer Congreso de Toponimia y Antroponimia, y el segundo tenía que celebrarse en 1942, en Munich.

El estudio de la Toponimia es uno de los medios más aptos para conocer las culturas que, en épocas distintas, se han superpuesto en el suelo lingüístico de un país. La Toponimia prerromana tiene el máximo interés para conocer las culturas que, hace más de dos mil años, se desarrollaron en los países occidentales. Su estudio, procediendo por medio del método exclusivo, nos reserva grandes sorpresas. La Toponimia de los países germánicos, mejor estudiada que la de los países románicos, especialmente la de Escandinavia, permite establecer la expansión de la raza germánica por el centro y el norte de Europa. También ha sido investigada la Toponimia del céltico, lengua conocida a base de las inscripciones, de los nombres de lugar y del bretón e irlandés.

La Toponimia mediterránea oriental y occidental reserva grandes sorpresas a los investigadores futuros de esta rama de la To-

ponimia, ya que muchos nombres de lugar del Mediterráneo oriental y occidental tienen un origen común.

La Toponimia de la Península Ibérica es, sin duda alguna, la más interesante, por razón de las múltiples culturas que han cruzado el suelo español, y por ser la más desconocida; ella tiene grandes sorpresas reservadas para la interpretación del ibérico. Y al emprenderse de una manera sistemática esta urgente investigación de los nombres de lugar y personales de nuestro país, deben tenerse presentes:

- a) El nombre (nombres de familia, nombres de santos que tan gran importancia han tenido para la nomenclatura de localidades y de personas).
- b) Nombres de lugar sacados de la fauna y de la flora.
- c) Nombres procedentes de la disposición del suelo (montañas, corrientes de agua).
- d) Nombres procedentes del cultivo y de otras actividades del hombre.
- e) Nombres de origen eclesiástico.
- f) Nombres de origen diverso.
- g) Nombres de procedencia desconocida.
- h) Extracción de todos los elementos toponímicos de los antiguos documentos.

No hay país que tenga una documentación tan rica y tan interesante como España.

Dos tipos de toponímicos merecen en España una atención singular: los toponímicos pirenaicos, prerromanos en gran cantidad, y los nombres arábigos, de origen románico en su mayoría, vestidos de ropaje árabe.

Los estudios toponímicos tuvieron en España un precursor: Gregorio Mayans y Siscar, quien en sus *Orígenes de la Lengua española* reunió toda la nomenclatura clásica de la Península, que comparece en los escritores griegos y romanos. También es sumamente interesante el plomo de Ascoli y, más tarde, la famosa itación de Wamba tan discutida, la cual nos da los límites de las diócesis españolas de la época visigótica.¹

El acta de Consagración de la Seo de Urgel del año 839, con

1. BLÁZQUEZ, *Homenaje a Menéndez Pidal*.

sus doscientos setenta y nueve nombres de lugar pirenaicos, preromanos en su mayoría, es uno de los monumentos más interesantes para el estudio de la Toponimia.¹

No se ha dado la importancia que merecen a los libros de repartimientos de los países conquistados durante la Edad Media, especialmente los de los Reinos de Valencia y de Mallorca; ellos contienen una nomenclatura interesantísima para el estudio de la Toponimia de estos dos Reinos.²

Los estudios de Toponimia que, hace un siglo, empezaron bajo los mejores auspicios con el *Diccionario Geográfico histórico*, de Madoz, todavía no han sido superados. Las luchas intestinas del pasado siglo tienen la responsabilidad de ello. En Italia, en Suiza, en Francia, estos estudios han hecho progresos extraordinarios. Los diccionarios departamentales de Francia son auxiliares indispensables para esta clase de investigaciones. La preparación de un diccionario histórico, geográfico, toponímico de España, basado en el diccionario de Madoz, es una de las primeras obras que deben emprenderse.

Otra obra que presta los mejores servicios al investigador de la Toponimia española es la de Hübner, *Monumenta Linguae Ibericae*, que reúne todo el nomenclátor prerromano de España.

Aun hoy no ha sido debidamente valorada la labor del que fué presidente de esta Real Academia, don José Balari y Juvany, quien, con sus admirables *Orígenes históricos de Cataluña*,³ valoró de la manera debida a la Toponimia como elemento para conocer la historia y la cultura de un país.

Son también interesantes los trabajos toponímicos de Blázquez, de Elizalde⁴ para el país vasco, de Sanchis Sivera para el Reino de Valencia,⁵ de Ferrer Aledo para Menorca,⁶ de Montoliu,⁷ de Gamillscheg,⁸ sobre la Toponimia española de origen germánico, y de Aebischer, sobre la Toponimia contenida en el antiguo

1. PUJOL TUBAU, *L'acte de Consagració de la Seu d'Urgell*, *Estudis Romànics*, II.

2. SANCHIS SIVERA, *Nomenclator de la diócesis valentina*.

3. Barcelona, 1899.

4. *RIEV*.

5. *Nomenclator*.

6. *Revista de Menorca*

7. *BDC*, 1922, 1-33.

8. *RFE*, XIX, 117-150.

Cartulario de San Cugat del Vallés, extractado en los *Libri Antiquitatum*. Y merece una mención especial el trabajo impropio de Carreras y Candi, el cual, al dirigir la *Geografía de España*, ha aportado materiales de gran valor para la Toponimia española.

Una de las conclusiones adoptadas en el Primer Congreso de Toponimia y Antroponimia celebrado en París en 1938 fué la de que cada nación emprendiera, cuanto antes, el estudio de la Toponimia histórica y contemporánea, y que se creara en cada país una cátedra de Toponimia, alrededor de la cual se desarrollaran esta clase de estudios.

SEMASIOLOGÍA

Los estudios lingüísticos consagrados a un aspecto especial de la vida y de las actividades humanas tienen un lugar importante dentro de la Lingüística románica. Desde que Adolfo Zauner publicó su interesante estudio sobre «las partes del cuerpo»,¹ Ernesto Tappelet investigó «los nombres de parentesco»,² y el italiano Clemente Merlo reunió la «nomenclatura de las estaciones y de los meses»,³ nuestra disciplina se ha enriquecido con un nuevo campo de investigaciones fecundo e interesante.

La escuela suiza y, de una manera especial, el profesor L. Gauthat, de Zürich, orientaron la investigación lingüística hacia los estudios semasiológicos. Alrededor del *Glossaire des Patois de la Suisse romande*, preparado por medio de cuestionarios ordenados lógicamente, se prepararon numerosas disertaciones doctorales de carácter semasiológico que han tenido imitadores entre los romanistas de todos los países.

La Providencia quiso que entráramos en contacto con la Escuela Filológica de Zürich, y quiso Ella también que pudiéramos transplantar aquí sus métodos, organizando unas oficinas lexicográficas que han acoplado todo el léxico del catalán antiguo, con el *Diccionari Aguiló* — la obra de M. de Montoliu —, reuniendo el léxico dialectal de todas las regiones del Reino de Aragón por medio de cuestionarios agrupados por orden lógico y publicando

1. *Die romanischen Namen der Körperteile*, 1903.

2. *Die romanischen Verwandtschaftsnamen*, 1895.

3. *I Nomi romanzi delle stagioni e dei mesi*. Torino, 1904.

una modesta revista de Dialectología,¹ que se ha ganado un nombre y un prestigio en el mundo de los lingüistas. Y alrededor de estas oficinas se han preparado una serie de trabajos de orden semasiológico que constituyen una aportación considerable a la Lingüística románica.

La Escuela del Centro de Estudios Históricos apenas manifestó interés para esta clase de estudios. En cambio, alrededor de la *Revista Internacional de Estudios Vascos* se prepararon una serie de estudios semasiológicos muy interesantes.

LA CULTURA MATERIAL.

Paralelamente a los estudios de Geografía lingüística, aparece una nueva tendencia en el campo de la investigación filológica, que se preocupa del estudio de las palabras en relación con la realidad misma que es la cosa. Esta tendencia lingüística apareció en Austria, el país de las culturas múltiples. Fue el famoso Archiduque Luis Salvador, el de los palacios encantados de Miramar, de Mallorca, el que con su obra monumental *Die Balearen* orientó los estudios lingüísticos hacia el estudio de la cultura material, a pesar de no ser lingüista. No he tenido la suerte de visitar la biblioteca del romanista más eminente, Hugo Schuchardt, instalada en el Seminario románico de la Universidad de Graz, pero estoy seguro que nuestro romanista sacó de la obra del Archiduque su ideología fecunda — discutida por Rodolfo Meringer —, ya que en sus estudios más penetrantes comparecen muchos ejemplos del mallorquín, procedentes de la obra *Die Balearen*.

Rodolfo Meringer, avanzándose a Schuchardt, y por razón de ciertas discordias con éste, emprendió la publicación de una nueva revista que tenía que ser el portavoz de esta nueva tendencia. *Wörter und Sachen*,² la cual adquirió gran prestigio entre los romanistas y los germanistas, y dentro de la cual aparecieron artículos interesantísimos de Meyer Lübke y la famosa monografía de M. L. Wagner, *Das ländliche Leben Sardiens*,³ donde se

1. BDC., 1913, ss.

2. Heidelberg, 1909.

3. Heidelberg, 1921.

estudia la interesantísima cultura de Cerdeña, que tantos puntos de contacto tiene con la cultura de la Península ibérica.

Hugo Schuchardt, que reclamó la primacía de esta tendencia frente a Rodolfo Meringer, sostuvo que tenía que llamarse «Cosas y palabras», ya que la cosa existe antes que el nombre que se le da; en cambio, Meringer prefirió la denominación «Palabras y cosas», que fué la que triunfó por razón del título de la revista, *Wörter und Sachen*.

Hacia 1905, Adolfo Mussafia, que publicó la versión catalano-provenzal del *Poema de los siete sabios*, había publicado un artículo interesantísimo sobre los nombres de los collares y de los cencerros de los Alpes y de los Pirineos.¹ En aquel entonces, Mussafia cumplía sus sesenta años, y Schuchardt, en homenaje, le dedicó una especie de mensaje que es un estudio interesantísimo, por la forma y el contenido, de la cultura material alpina, valorando de la manera debida la nueva tendencia. Desde este momento, en el campo de la Lingüística, además de las leyes fonéticas y la Dialectología articulada con la Historia, la Geografía, la Economía y la Geografía lingüística, obtiene un lugar preferente el estudio de la Cultura material como exponente principalísimo de la Lingüística.

Esta tendencia nacida en Austria encuentra muy pronto una resonancia en Suiza. Artículos muy interesantes publicados en el *Bulletin du Glossaire*,² estudios sobre el molino, sobre los útiles de ordeñar en los Alpes y la preparación de esta admirable enciclopedia de la Cultura popular suiza que se llama *Glossaire des Patois de la Suisse romande*, son eco de esta tendencia.

Y al lado del profesor Gauchát, el profesor Jud, junto con el profesor de Berna Karl Jaberg, preparan el *Atlas lingüístico de Suiza e Italia*, que es el monumento más grande que tenga la Filología románica, en el cual se da el justo valor a la cultura material típica de los dos países. La fecundidad de esta obra formidable será conocida dentro de unos años.

En esta misma época, B. Schaedel, que había fundado la *Revue de Dialectologie romane*³ y un *Bulletin de Dialectologie romane*,⁴

1. ZRPh.

2. *Bulletin du Glossaire des patois de la Suisse romande*, 1902-1915.

3. Bruxelles, 1909-1914.

4. Ib.

iniciaba entre los filólogos alemanes el interés para los dialectos, que su sucesor, el profesor Fritz Krüger, debía extender, encauzando los estudios sobre la Cultura material hacia el dominio español. Los filólogos suizos y su escuela han tenido por campo predilecto de sus investigaciones la Suiza francesa, el dominio reto-romano y los dialectos de la Italia septentrional; los alemanes han dirigido sus exploraciones hacia el mediodía de Francia y hacia el «unbekannte» Spanien.

La dialectología románica estudiada por los alemanes, que tenía su representante en B. Schaedel y en sus discípulos Krüger, Salow, Fleicher, etc., queda interrumpida con la guerra europea y reaparece en 1922 en la forma de «Gegenstands Kultur», que consiste en preparar una monografía lingüística de una comarca, estudiando de antemano sus condiciones geográficas, históricas y económicas. Después, el investigador, equipado con un cuestionario y un aparato fotográfico, recorre la región, pregunta un cuestionario, los nombres de las herramientas de labranza, de la cocina, etc. Estos materiales son elaborados en el Seminario románico de Hamburgo, donde se encuentra la bibliografía española necesaria y, con trabajo relativamente fácil, se redacta una monografía voluminosa. Son ya unas cuarenta las monografías preparadas y publicadas por la escuela de Hamburgo, que tiene un puesto señalado en los estudios de Lingüística románica.

Como la escuela suiza y la de Hamburgo han ejercido cierta influencia sobre las directivas de la Filología de nuestro país, me creo en el deber de encuadrar las actividades de nuestra escuela que continúa la trayectoria de Milá y Fontanals.

En 1908, Barnils, Montoliu y yo salíamos pensionados por la Excm. Diputación de Barcelona para estudiar Filología románica al extranjero. Durante cuatro años luchamos para incorporar nos a la metodología lingüística y las tendencias de las distintas escuelas. En 1913 inaugurábamos las actividades de nuestra escuela frente a una Sección filológica, con la publicación de un *Butlletí de Dialectologia*, una *Biblioteca filológica* y, al cabo de poco, unos Estudios fonéticos.¹ Los materiales reunidos para la preparación de un atlas lingüístico y de un diccionario de los dialectos

1. *Estudis Fonètics*, I, 1916.

catalanes sirven para la publicación de una serie de investigaciones y monografías que constituyen un conjunto típico dentro del cuadro de la Lingüística románica. Estos estudios semasiológicos se caracterizan por un bloque de diccionarios específicos (unos cincuenta) que han reunido los aspectos más diversos del léxico dialectal. Las tradiciones populares, la Liturgia popular, el refranero y el cancionero son valorados debidamente en el *Tresor de la Llengua de les Tradicions i de la Cultura popular*, que nos da todo el contenido espiritual y material de la cultura de un pueblo.

Hasta los últimos tiempos, la Escuela del Centro de Estudios Históricos no se preocupó de estas tendencias modernas de la Lingüística románica.

LA GRAMÁTICA HISTÓRICA

La agrupación de una serie de fenómenos que regulan la evolución de la lengua, y que ya había sido señalada por Gregorio Mayans, en el dominio románico, fué formulada por Federico Díez en su *Gramática de las lenguas románicas*.¹ Muy temprano, los romanistas alemanes se ocuparon del español. G. Baist, discípulo de Díez, ha escrito para el *Grundis der rom. Philologie*, de Groeber, el capítulo dedicado al español, que viene a ser un ensayo de gramática histórica de esta lengua. Wulf, filólogo sueco, se ocupa del andaluz,² como otro filólogo sueco, Erik Staaf, se ocupará más tarde de los documentos leoneses.³ El romanticismo alemán, que tantos elementos sacó del Romancero español, influyó decididamente sobre los romanistas alemanes que, aún hoy, tienen una preferencia singular para temas de carácter hispánico.

En América, el alemán Federico Hansen publica una *Gramática histórica del español*, que pasa a ser clásica, como lo fué para los estudiantes de Filología románica el *Allspanisches Elementarbuch*, de Adolfo Zauner.

La separación entre Lingüística románica y Literatura románica, que en Barcelona se estableció ya en 1914, todavía no se había fijado en Madrid en el año 1936.

1. *Grammatik der rom. Sprachen*, 1836-1843.

2. *Recueil Gaston*. París, 221.

3. *Etude sur l'ancien dialecte léonais après des chartes du XIII^e siècle Uppsala*, 1907.

Es un mérito extraordinario de Ramón Menéndez Pidal el de haber valorado la lengua española antigua en sus aspectos dialectal y regional, señalando la trayectoria seguida a través de la Edad Media para llegar a conseguir en la época moderna su carácter universal.¹

No tenemos Gramáticas históricas que estudien las modalidades gallega, leonesa o andaluza. José Vives estudió el aragonés antiguo; Gili Gaya, Navarro Tomás, Hansen, han señalado también ciertas características fonéticas y morfológicas del aragonés.

Las modalidades lingüísticas de nuestra región han sido estudiadas hasta el último detalle: cada dialecto tiene su monografía.² La lengua antigua fué estudiada por Guarnerio,³ por Musafia, en su publicación del texto de la versión de los siete sabios.⁴ Niepage estudió la fonética y la morfología de los antiguos documentos mallorquines,⁵ y Morel Fatio y Saroïhandy nos han dejado un artículo notable en *Katalanisch del Grundriss*, de Gröber.⁶ Completa estas investigaciones la *Gramàtica històrica del català antic*,⁷ elaborada a base de los textos catalanes e investigaciones publicadas hasta la fecha.

LA FONÉTICA EXPERIMENTAL

La aplicación de los métodos de la Física a la Lingüística es paralela a la aplicación de los métodos experimentales a la Metafísica. La palabra, reflejo sonoro del espíritu y del pensamiento, no está sujeta a las leyes experimentales. Con todo, la Fonética y la Psicología tienen mucho que agradecer a los métodos experimentales.

El abate Rousselot, discípulo de Gastón Paris y compañero de Gilliéron, derivó sus estudios dialectales hacia la Fonética experimental, de la misma manera que Gilliéron los había derivado hacia la Geografía lingüística.

1. *Orígenes del español*, 1926.

2. *BDC*, v, ss.

3. *Il dialetto Catalano d'Alghero*, *AGI*, ix, 1905. *AIEC*.

4. *Die catalanische matriscche. Version der sieben. Weisen Meister*.

5. *RDR*, I, II.

6. *Strassburg*, 1904-1906, 841-877.

7. *Barcelona*, 1931.

Los principios de Fonética experimental, que aplican a la fonética auditiva, reflejada por la transcripción, los últimos progresos de la mecánica, representan un considerable avance. Conocer el número de vibraciones de una vocal o de una consonante sonora, la curva de la melodía de una frase, la intensidad del acento, o el conocer de una manera precisa el punto de articulación de un sonido, representan un progreso en relación con la transcripción fonética auditiva, de la misma manera que ésta lo representa en relación con la fonética histórica basada en los documentos de la Edad Media.

La Fonética experimental, a pesar de esto, no ha proporcionado a la Lingüística las ventajas que de ella se esperaron. Ha sufrido una desviación. De la misma manera que la investigación de la Cultura material es una derivación de la Dialectología, la Fonética terapéutica ha sido la meta donde ha ido a parar la Fonética experimental pura. El mismo creador de la Fonética experimental, el abate Rousselot, en los últimos años de su vida dedicaba sus actividades a la curación de defectos del lenguaje, como aún hoy se dedican a esta labor humanitaria P. Fouché, director del Laboratorio de Fonética experimental de la Universidad de París; el profesor Pasconcelli Calzia, de la Universidad de Hamburgo, y el Padre Gemelli, de la Universidad del Sagrado Corazón, de Milán.

Es otra adquisición de la Fonética experimental la creación de los archivos de la palabra que, como el de Berlín o de Viena, han reunido los fonogramas de la mayoría de los dialectos del mundo, como el del Centro de Estudios Históricos, de Madrid, que, a la vez que recogía los fonogramas de los dialectos españoles, se dedicó a registrar la voz y la elocuencia de los españoles que un día se creyeron inmortales.

Cabe la gloria a mi amigo don Pedro Barnils el haber introducido en España la Fonética experimental con la creación del Laboratorio de Fonética, por encargo de la Excma. Diputación de Barcelona, con la publicación de unos *Estudios fonéticos* y de una revista, *La Palabra*. Como su maestro el abate Rousselot, del cual aprendió esta disciplina en el Colegio de Francia, Barnils se dedicó también a la Sordomudística, que también introdujo en España con grandes beneficios para los privados de la palabra.

Si Barnils fué un hijo espiritual, un discípulo predilecto del

abate Rousselot, formado en un rincón del Collège de France, en el aula de este sacerdote sabio del Instituto Católico de París, y en una modesta habitación del Hotel Perreyve, de la rue Madame, de la misma ciudad, el Laboratorio del Centro de Estudios Históricos fué de factura hamburguesa con todas sus características.

Un buen Manual de pronunciación española, varios estudios sobre fonética del vasco y el archivo de la palabra, constituyen el haber del Laboratorio de Fonética del Centro de Estudios Históricos.

EL IDEALISMO Y LA ESTÉTICA EN EL ESTUDIO DEL LENGUAJE

Frente a una tendencia materialista de las leyes fonéticas y frente a una Ciencia del lenguaje sin contenido espiritual, aparece la figura de Karl Vossler, tan interesante en 1904, cuando publicaba su *Positivismismo e Idealismo en la Ciencia del lenguaje*,¹ como cuando, en jubilación forzosa y en 1938, publica unos ensayos maravillosos sobre la Soledad en la Literatura española.²

Bajo el nombre de Positivismismo se entiende aquella postura científica que, partiendo del hecho, la misión de la Ciencia es el interpretarlo en particular, subordinándolo al conjunto. Por el contrario, el Idealismo considera al mundo como un conjunto de figuras cuya función queda determinada por su subordinación al todo. El concepto positivista de la Ciencia del lenguaje deriva de Augusto Comte, y el concepto idealista, de Hegel.

Para Vossler, la esencia del lenguaje es la actividad interior, la intuición. Y cuando aplica esta teoría a la lengua de un país asegura que existe una íntima conexión entre la evolución de la lengua y las vicisitudes políticas, sociales y culturales del mismo. Es en Francia, por ejemplo, unas veces el espíritu religioso, otras el sentido de clase y otras veces la preocupación gramatical. De aquí se sigue que la Historia de la lengua es Historia de la Civilización.

Caracteriza la tendencia de la escuela de Vossler, rica de espí-

1. *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft*, Heidelberg, 1904.

2. *Die Einsamkeit*, 1938.

ritu, el sentido estético. Pero no es sólo el espíritu lo que informa la vida de la lengua, es la misma realidad viva. El hombre no vive en el mundo el poema perenne de su vida.

Es cierto que la lengua de los escritores refleja el espíritu de su época; ellos, empero, al servirse de una lengua, la utilizan como instrumento para irradiar poesía. De la misma manera que no es expresión artística todo el tronco de madera que sirve al escultor para hacer una estatua, sino la forma que el artista infunde en determinado tronco, de la misma manera el lenguaje no es poesía; el poeta se sirve del lenguaje para crear poesía.

La escuela de Vossler ha sido fecunda. Son sus discípulos aventajados Eugen Lerch, el investigador de la sintaxis del francés;¹ Víctor Klemperer,² Oscar Walzel,³ Leo Spitzer,⁴ Helmuth Hatzfeld.⁵ Y siguen las huellas del gran romanista, aunque por caminos un poco torcidos, un gran número de jóvenes romanistas alemanes que, por razón del espíritu de la época un poco divorciado con la disciplina y la austeridad, prefieren escribir ensayos que se caracterizan por la divagación; analizando un escritor renacentista o un novelista francés moderno, que el ejercitar la paciencia, estudiando las variantes de un manuscrito, las evoluciones fonéticas y las variantes morfológicas de un dialecto o la aridez de una etimología.

Entre los seguidores preclaros del espíritu y de la tendencia de Vossler figura en España don Manuel de Montoliu, traductor del *Positivismo y del Idealismo en la Ciencia del lenguaje*, que ha publicado estudios tan interesantes como «El llenguatge com a fet estètic i com a fet lògic»;⁶ que su crítica literaria en la prensa cotidiana era un ensayo constante de la valoración estética de las ideas de un escritor a base de su lenguaje. Los volúmenes del *Breviari Crític* son la aportación moderna más interesante y original a la Historia de la Literatura renacentista catalana.

1. Uno de los investigadores más eminentes de la sintaxis y del estilo de la lengua francesa.

2. *Idealistische Philologie*.

3. *Idealistische Literatur Geschichte*, 1899.

4. Bibliografía abundantísima, véase IOREU JORDAN, *Introducere in studiul limbilor romanice*, p. 157-165.

5. *AOR.*, II, III.

6. *Biblioteca Filológica*, XIII, 134, 895. *El lenguaje como fenómeno estético*, Buenos Aires, 1920.

Helmuth Hatzfeld ha dedicado gran parte de su actividad en el campo de la Historia literaria a temas españoles. Su *Cervantes* es el estudio más completo del autor nacional español, como son muy interesantes los ensayos sobre el estilo de Quevedo; de Leo Spitzer.

La profanación de la metodología de Vossler debía ser obra de un español. Américo Castro, estudiando la fraseología un poco libre de Cervantes, ha querido demostrar, con su libro *El pensamiento de Cervantes*, que el inmortal autor de *El Quijote* era un precursor del librepensamiento, que encubría hipócritamente por miedo de la Inquisición, cuando, en verdad, no hizo otra cosa que servirse de un vocabulario un poco libre, típico de su época, como el mallorquín actual, que representa una etapa arcaica del catalán continental del siglo XIV.

LOS ESTUDIOS DE SYNTAXIS

El Donatus, que por conducto de Nebrija, Juan de Valdés y Mata ha llegado hasta nosotros, ha sido la norma de la sintaxis latina, enseñada en el Ratio Studiorum; él ha fijado la estructura de la frase vulgar, pasando a ser norma directiva hasta nuestra época.

La Sintaxis, que tiene un carácter interrománico más bien que específico de una lengua, ha sido estudiada por Adolfo Tobler¹ y por W. Meyer-Lübke,² pasando en los últimos tiempos a segundo rango para conceder la preferencia a la Estilística.

Los estudios clásicos de sintaxis del español son del filólogo hispanoamericano Rufino Cuervo³ y de Bello.

La claridad y la diafanidad de la frase española, reacción contra el Conceptismo y el Gongorismo, es un resultado del predominio de la Filosofía escolástica. Esta Filosofía estructura el pensamiento, fija el concepto y da precisión. En los países donde tal Filosofía ha tenido y tiene el predominio, la Sintaxis tiene un fondo común con pequeñas variantes.

Cuando un escritor se adapta a la mentalidad de los escritores

1. *Vermischte Beiträge.*

2. *Rom. Grammatik.*

3. *Diccionario de régimen y construcción de la lengua castellana, Gramática, 1898.*

de otro país, su influencia se traduce en la sintaxis. La experiencia de un catalán literario, creado durante los últimos años bajo el signo del francés, prueba con evidencia nuestra afirmación. El ilustre investigador de la Sintaxis, don Alfonso Par, estudió profundamente la sintaxis del escritor renacentista Bernat Metge.¹ Su estilo refleja la influencia del secretario del Rey Martín el Humano, maestro de Garcilaso.

Los estudios e investigaciones sintácticas de Alfonso Par y de León Spitzer² son fundamentales; continúan la tradición de Nebrija, Valdés, Aldrete, el Brocense, Cuervo, Hansen y Gessner, los cuales han valorado debidamente la Sintaxis del español.

1. *Sintaxi*.

2. *RDR.*, VI.

II

LOS ORÍGENES DEL ESPAÑOL

No hay país de Europa que ofrezca un interés tan vivo y sugestivo para la Historia de la Cultura como España. Nuestra Península ha sido el lugar de confluencia de las corrientes de Civilización oriental y occidental que, desde los tiempos prehistóricos, han venido a parar a nuestro suelo para transformarse en algo típicamente nuevo e hispano, dígame arte ibérico, dígame cultura visigoda, llámase muzárabe o barroco. España ha sido un país eminentemente creador, con espíritu propio, con diversidad múltiple, con rasgos marcadamente peculiares.

Los romanos, siguiendo la doble corriente de los celtíberos procedentes de la Galia, y de los iberos que venían del África del Norte, colonizaron España, que tomó el nombre de HISPANIA, ciudad del Sur, o el de Iberia, nombre de la corriente de agua española: IBERUS, el río del Norte. Es curioso cómo los pueblos y las culturas siguen los mismos caminos seculares.

El Cristianismo y la Cultura romana florecieron en el Norte de África, especialmente en Cartago. Recordemos los nombres de San Cipriano, Orígenes, San Agustín, Tertuliano, Lactancio. Estos escritores eclesiásticos estaban perfectamente informados de la vida cristiana de España. Conocían las leyendas de los mártires españoles, los cánones de sus Concilios y el contenido de las obras de sus escritores. La Sagrada Escritura era conocida en España por las versiones del África del Norte y las ilustraciones de la Biblia, que se divulgarán por España durante la época visigótica y románica, procederán también del África del Norte.

Paralelamente, la Cultura eclesiástica española está conectada con el África.

Por otra parte, en el extremo Noroeste del Imperio visigótico comparece otro centro de Cultura eclesiástica, que, juntamente con Sevilla, será el último baluarte de la latinidad. Es Arles, de Provenza. Desde aquí, la Cultura eclesiástica, con San Cesáreo al frente, irradiará por toda la Galia, desde Lugdunum a Burdigala,

y penetrará a España por Tarragona y por Roncesvalles. Lo prueba el hecho de que todos los monasterios de esta vertiente del Pirineo dependerán de las obediencias de San Víctor de Marsella y de la Grasse.

Y es un hecho curioso también que esta doble corriente cultural se refleja en la distribución del léxico de las lenguas peninsulares. **APLICARE**: llegar, valenciano «aplegar», comparece frente al provenzal y catalán «arribar». **TURBARE**: «trobar», de la región Noroeste, aparece frente al «encontrar» meridional, que se reparte el dominio con el «hallar», sacado del **AFFLARE**, procedente del lenguaje de los cazadores. Caracteriza también esta doble corriente la distribución de los nombres **GERMANUS**: hermano, «germà» de origen visigótico, frente al provenzal «fraire», derivado de **FRATRE**. O los representantes del latín **MANDUCARE**, «menjar», distribuidos por el Norte, frente al **COMEDERE**, «comer», típico de los dominios influidos por la corriente meridional. La idea de adquisición es traducida en los dominios del reino visigótico por el verbo **COMPARARE**, «comprar»; mientras que el dominio francés la traduce por **ADCAPTARE**, «acheter». Y un último ejemplo de esta doble corriente lo tenemos de la época prerromana: es la palabra «cuna» para el español, Italia del Sur, Cerdeña y Rumania, y «bres» «bresol», para el dominio galorrománico.

La A tónica pasa a e en la región del Norte: *père, mère*; pero se conserva en el Sur: *padre, madre*.

La U pasa a ü en el Norte y se conserva u en el Sur.

Los diferentes dialectos y lenguas de la Península ibérica son creación y obra de la Cultura visigótica con elementos procedentes de Lerins y Arles en la parte oriental, con elementos esenciales de la cultura de Sevilla, representada por San Isidoro en sus inicios, con influencias francesas de la reforma de Cluny de los siglos XI y XII en el resto de la Península.

Se ha creído equivocadamente que el origen de las lenguas romances tenía que buscarse en la incultura del pueblo y en la corrupción de la lengua latina. Y la realidad es otra; las lenguas romances se crean en las regiones donde el nivel cultural es superior. Todas las lenguas romances tienen sus primeras manifestaciones escritas en los centros desde los cuales irradiaba la acción político-social de un príncipe y la acción religiosa y cultural de

un obispo. La lengua italiana tiene sus orígenes en la Toscana, en Florencia, la ciudad más preponderante de la Italia medioeval. Y es en Milán, la ciudad más importante del Bajo Imperio, donde comparecen los primeros monumentos de la lengua italiana. En Reims y en París, las dos ciudades del Imperio franco, se redactan los primeros monumentos de la lengua francesa; en Lyon, la ciudad primada de las Galias, comparecen los *Juramentos de Estrasburgo*, del año 842; es en Arles donde hallamos los primeros documentos en provenzal; es en Urgel donde encontramos el *Acta de Consagración de Santa María de la Seo*, fechada del año 839, que con sus doscientos ochenta y nueve nombres de lugar es uno de los documentos más interesantes para el estudio de las lenguas románicas.

La invasión arábiga desplazó los centros que habrían condicionado la creación de una lengua románica cuyos dominios se habrían extendido desde el Atlántico a los Alpes por el Sur de la Loire, comprendiendo toda la Península ibérica.

La formidable cultura de Sevilla y de Toledo con la invasión arábiga se desplazó hacia el Norte. Su lengua condicionó la creación del leonés, del castellano, del aragonés y del catalán. La prueba de que se habría creado una lengua vulgar, cuyo centro habría sido el Sur de España, la tenemos en la existencia de la iglesia muzárabe que, bajo el yugo musulmán, vivió una época de gloriosa rebeldía, de heroísmo y de martirio. De este período tenemos el *Indicus luminosus*, de Alvaro, cordobés, del 854, en el que se confirma que los cristianos ya habían olvidado su lengua: «Heu pro dolor, linguam suam nesciunt christiani!» En el año 836, un tal Yanair sólo hablaba en romance. Mocadem, de Cabra, usaba para sus versos «la manera de hablar del vulgo ignorante y la lengua aljamiada», y Ben Haygan, al reseñar las luchas de los muzárabes, informa «de que los andaluces sublevados hablaban la lengua española». Ahora bien, por estos testimonios irrecusables sabemos que, después de la conquista arábiga, y, por consiguiente, ya antes, se hablaba una lengua vulgar. Pero esta lengua, ¿fué trasplantada al Norte de la Península? Los dialectos romances del Norte, el leonés-asturiano, el castellano, el aragonés, el catalán, ¿son nuevas creaciones o son evolución de la lengua anterior a la reconquista, típica de Toledo, de Sevilla, de

Zaragoza o de Barcelona? Nos inclinamos a admitir lo último, si bien las influencias externas y la independencia política condicionaron la creación de lenguas y dialectos con fisonomía propia.

La continuidad de la cultura visigótica en los centros de la Reconquista es cosa cierta. Las Crónicas leonesas, por ejemplo, se nos presentan como una continuación de la obra histórica de San Isidoro. Las iglesias de tipo basilical de la región asturiana, levantadas después de la Reconquista, son una continuación de la basilica visigótica del Sur de España, como es un precioso ejemplar de arte visigótico la cruz de los ángeles de la Catedral de Oviedo.

Las iglesias muzárabes, diseminadas por España hasta el Pirineo, son un reflejo de la cultura visigótica trasplantada en la región reconquistada, desde el Sur.

La escritura visigótica que, al parecer, procedía de Italia y durante los siglos v y vi, desde el África del Norte se difundió por España, fué la escritura típica de los países reconquistados hasta que, con la reforma de Cluny, se introdujo en toda España la letra carolingia o francesa.

La filiación de los manuscritos de la Biblia y su ilustración, especialmente la *Apocalipsis*, de Beatus de Liébana, continúan la tradición africana y visigoda en el país reconquistado. Y la ornamentación de los capiteles de los claustros de Silós, San Cugat del Vallés, ó Ripoll, Moissac y Gerona, es integrada en gran parte por temas de procedencia oriental, que penetraron aquí por el camino del Sur. Y la maravillosa Liturgia muzárabe, que es la Liturgia de los visigodos, fué la Liturgia única de las diócesis del Norte de España, hasta que Hugo Cándido, junto con la reforma de Cluny, introdujo en 1071 la Liturgia romana, con ciertas influencias de la Liturgia galicana.

Tenemos, además, pruebas de carácter histórico que confirman nuestra tesis. Poseemos una serie de preceptos carolingios conteniendo privilegios concedidos a los refugiados españoles, fugitivos de la invasión árabe, durante el reinado de Carlomagno, de Ludovico Pío y de Carlos el Calvo, los cuales hablan de unos «hispani de Hispania venientibus», que repoblaban regiones desiertas del Norte de la Marca Hispánica. Cosa parecida sucedía en los Reinos de León y de Castilla, donde Alfonso I pobló Tuy y Amaya de cristianos y muzárabes «de Hispania venientibus». Un documento

de este mismo rey dice que el rey pobló unos lugares desiertos cerca del Duero, con personal godo, para que los cultivaran: «campos quos dicunt gothicos usque ad flumen Durium eremavit».

La Toponimia confirma esta misma corriente. Así como gran cantidad de nombres de lugar de la Marca Hispánica proceden de la Septimania, especialmente de lo que es hoy el departamento del Aude, la toponimia castellana y leonesa nos señala pobladores del Sur de España. Quince kilómetros al Sur de León nos encontramos con el nombre *toldanos*, derivado de Toledo; en Zamora tenemos *córeses*, procedente de Coria; y en Salamanca encontramos los pueblos de Mozárvez, Moarves y Huerta de los Mozarvitos, que recuerdan a sus pobladores muzárabes. Y gran parte de los nombres de lugar de Burgos son nombres de origen arábigo, procedentes de una colonización muzárabe del Sur de España.

Lo mismo cabe decir de la región navarra y aragonesa. Alfonso el Batallador estableció grandes masas de muzárabes, y en 1126 les concedió fueros «quia vos pro Christi nomine, et meo amore lexastis vostras casas et vostras hereditates et venistis mecum populare ad meas terras».

Si el elemento constitutivo de la lengua y de la cultura de los pueblos recobrados de España era la cultura visigótica, incluso en la región oriental, donde muy temprano se deja sentir la influencia franca, cada Condado que se establece y cada Obispado que extiende su jurisdicción bajo su influencia, constituyen la base para crear unos dialectos que, aun hoy, nos reflejan la doble influencia en los dominios respectivos; el catalán oriental marcha de acuerdo con los dominios del antiguo Condado de Barcelona; el catalán occidental, con los del Condado de Urgel; el ribagorzano señala la influencia de un pequeño Condado, extinguido a principios del siglo xi; el aragonés vive en lo que fueron antiguos Condados de Aragón y Sobrarbe; el riojano concuerda con la Cantabria visigótica. León y Asturias ejercieron la hegemonía lingüística y cultural de España hasta el siglo xi, y si Fernando, hijo de Sancho el Mayor, no hereda León y Castilla en 1032, el dialecto leonés sería hoy una lengua universal. La existencia de un Condado de Galicia justifica la presencia de una lengua galaico-portuguesa al Oeste de la Península.

Castilla es un caso único en la Historia, comparable al Lacio

que, desde un pequeño rincón de Italia, dió al mundo una civilización y una cultura. Así fué Castilla. La región de castillos de la frontera oriental de Asturias ha dado una lengua y una cultura al mundo:

«Entonce era Castiella
un pequeño rincón,
era de castellanos montes
d'Oca monjón».

En esta región, al revés de la Marca Hispánica, apenas aparece la influencia franca. Sólo esporádicamente se encuentra una colonización gascona: Bascones, Basconillos, Villabascones, Bascuñana.

Se ha querido establecer en relación con el origen del español y la organización jurídica de Castilla el siguiente paralelismo: Castilla rechaza el derecho escrito, tiene un derecho consuetudinario y crea el castellano. La Francia del Norte tiene también un derecho consuetudinario frente al derecho escrito del Mediodía y crea la lengua francesa. No es a mi juicio el derecho consuetudinario el factor cultural que ha condicionado la creación de las dos lenguas universales, sino las vicisitudes políticas de dos grandes países, de España y de Francia. Fueron las leyes de las dos cancillerías, impuestas por las espadas de los reyes de España y de Francia, las que crearon los dominios del español y del francés.

Y así vemos cómo Fernán González, hijo de Gonzalo González, establecía en 930 el Condado de Castilla, después de agregar al de Burgos, Asturias de Santillana, Cerezo, Santarón y Alava. Y este Condado adquiere gran empuje cuando Sancho García recibía de los árabes doscientas fortalezas. Su Condado lindaba con el Deva y el Pisuegra y con los límites de la Tarraconense cerca de Numancia, donde encontraba los límites de la Cartaginense.

Por otra parte, los Reinos de la España de la Reconquista tenían entre sí relaciones muy intensas, tanto en el orden político como en el familiar.

El asesinato de García, hijo de Fernán González, condicionó que Sancho el Mayor de Navarra heredara Castilla la Vieja y la anexionara a su Reino. En 1032, Fernando, hijo segundo de Sancho el Mayor, recibía el título de rey de Castilla, y en 1038, heredando el Reino de León, daba a Castilla una tal preponde-

rancia, que pasará a ser definitiva durante el reinado de Alfonso VI.

Fernando, que es amigo de Cluny, y un admirador del arte cristiano, da entrada al renacimiento benedictino que, desde la gran abadía francesa irradia por el mundo occidental. Alfonso VI, donado de Cluny, donde le llaman «frater clarissimus», suprime el rito visigótico para dar paso a la reforma de la Liturgia (1078-1080). La primera misa de rito romano se celebró en España, en San Juan de la Peña. Este rey también reformó la escritura visigótica substituyéndola por la escritura carolingia. Procuró que Bernard de Sedirac fuese Abad de Sahaún y más tarde Arzobispo de Toledo (1085-1124). En 1097 llegan otros muchos monjes de Cluny que ocupan las sedes episcopales de Osma, Sigüenza, Segovia, Palencia, Zamora, Braga y Santiago. A estos «viro honestos et litteratos» de Cluny se debe la restauración del latín en España.

También ayudó a la obra restauradora de Alfonso VI el «Mio Cid», que llevó al Arzobispado de Valencia el clunicense Jerónimo de Perigord, bien entendido en letras, y que fué más tarde Obispo de Salamanca.

Y Alfonso VI completa su obra fomentando las peregrinaciones a Santiago y restaurando los puentes del camino francés. Es interesante también el saber que en esta época Logroño, Belorado y Burgos tenían barrios franceses.

Con la incorporación de la Rioja al Reino de Castilla, con la conquista de Toledo en 1085 y con la de Valencia en 1094, el Reino de Castilla había adquirido tal hegemonía sobre los demás Reinos de España, por una parte sirviendo de instrumento la espada del «Mio Cid», y por otra, el dominio espiritual de los cluniacenses, que el rey de España disponía de todos los elementos necesarios para crear un gran arte y una cultura formidable, y con ellas una lengua que ha pasado a ser universal: la lengua del «Mio Cid».

Cuando hablamos de Cultura occidental podríamos substituir el nombre por cultura benedictina.

Los monumentos más antiguos de la lengua española proceden de antiguas abadías benedictinas: San Millán de la Cogolla y Santo Domingo de Silos. Son las *Glosas emilianenses* y las *Glosas silenses*.

Desde la segunda mitad del siglo ix se observa en todo el dominio románico una tendencia a dar entrada a la lengua romance. Los vulgarismos son frecuentes. Tal es el caso de los juramentos de la región del Lengüadoc y Rosellón, publicados por Dom. Vaissette, los de la misma época, y de la región de Urgel, publicados por Miret y Sans y Pujol Tubau; tales las *Glosas emilianenses*, escritas en la mitad del siglo x, procedentes de San Millán de la Cogolla, y las *Glosas silenses*, escritas a fines del siglo x y en el Monasterio de Silos. Las primeras son interpretaciones de las *Vitae Patrum de Hilario Sententiarum* y de los *Sermones Sancti Augustini*. Las segundas, conservadas en el Museo Británico, son glosas de homilias, sermones, epístolas y de un libro penitencial; en ellas se refleja la lengua española naciente con toda su fortaleza y vigor. (Algunos ejemplos: *poca* por *módica*; *labat* por *abluit*; *forzoret* por *violaret*; *ibizone* por *iumento*; *leuare* por *ferre*).

La tesis expuesta en otra parte de que es en los hogares de cultura eclesiástica donde se refleja primero una lengua romance naciente, la tenemos confirmada aquí.

Y lo mismo cabe decir para el Reino de León. En un documento de 980 encontramos «*noñicia de kesos*»; «*leba de sorpio*». Un documento de 938 de Carrión presenta las formas: «*suo pozoo*», «*prado*», «*serna*». (En otro documento de 1055 comparecen las formas «*infanzones*», «*abolos*»). Los vulgarismos son poco frecuentes en el Condado de Castilla al revés del de Aragón, especialmente del Sobrarbe, donde se nota una fuerte influencia gascona.)

La reforma de Cluny impuso una fuerte reacción en la redacción de documentos cunales, y fué entonces que apareció el latín eclesiástico sin errores ni defectos. La distancia entre la lengua vulgar naciente y el latín escolástico fué tan grande, que los mismos centros eclesiásticos reformadores de la cultura acabaron por adoptar las lenguas romances.

Muchos fenómenos lingüísticos que son hoy un elemento distintivo entre el catalán y el leonés, y el leonés de un lado y el español del otro, fueron comunes en toda la Península en un período preliterario. La diftongación de la *e* y de la *o* abiertas, típica del español, fué conocida también en catalán: *Stirri*, *Esterri*; *iquiega*, *yegua*. Tenemos ejemplos de diftongación de *I*, *E* del siglo x:

triago (s. x), *tierça* (978), *espatiella*, Xierra (muzárabes). Este diftongo se reduce a *i* por influencia de LL: *Castillo* (921). Dos ejemplos confirman la presencia de este diftongo para el catalán: *Castellvi* (Castellvell) y *espill* (espejo).

El aragonés conserva, aún hoy, una diftongación, general en otra época en toda la Península: Es la diftongación de O seguida de Y: el ejemplo típico es el «pueyo» de PODIU. El cat. *puig* y *fulla* son inexplicables sin admitir esta diftongación, como lo es la forma *nit* de NOCTE.

Una de las notas características del español frente a las lenguas galorrománicas es la conservación de la E y O finales: *suerte* *SORTE*; *enero* IANUARIU. Pero estas vocales átonas finales tampoco comparecen en el «Mío Cid», ni entre los muzárabes: *fuen*, fuente; *yanair*, enero.

Hay quien quiere demostrar que el tratamiento de -MB- -ND- en aragonés es un sustrato del osco, por razón del nombre de *Osca*, Huesca. Esta tesis, rechazada por todos los romanistas, no es aceptable, ya que el paso de -MB- a *m* y de -ND- a *n* también es conocido en catalán y provenzal (*cama*, *vena*, *fona*).

Hay dos o tres fenómenos típicos del español, que en una época preliteraria marchaban de acuerdo con las demás lenguas occidentales. Son éstos a) el tratamiento de los grupos -CT-, -LT-: *feito* de FACTU, *muïto* de MULTU, que pasaron a *hecho*, *mucho*. Aquí, sin duda, la T por influencia de la consonante precedente tomaría una articulación palatal hacia el siglo XII. Este fenómeno coincide con otro; b) que es el tratamiento de los grupos -CL-, -LI-, que también tomaron una articulación palatal fricativa hacia la misma época: *fijo*, *viejo*, para llegar, algunos siglos después, a una articulación sorda, y c) el problema del cambio de la F- en *h* seguramente vinculado con los dos anteriores y con la evolución de la -d en -z. Cuando un sonido pierde el punto de articulación, o se debilita, entonces, este sonido ensordece; cuando pierde totalmente este punto, desaparece. La F apenas tiene punto de articulación. Colocada entre vocales, este punto desaparece. Este hecho explica el caso de la F- en su tratamiento español, que, gracias a una influencia culterana, ha desaparecido.

Por razón de la estructuración política de la España de la Re-

conquista, el antiguo Imperio visigótico, enfrentado con el Imperio franco, que se extendió por el Mediodía de Francia y por toda la Península ibérica, ha creado una serie de lenguas y dialectos sumamente interesantes, que son reflejo de las distintas modalidades culturales españolas: la cultura visigótica de Sevilla y de Toledo, que fija los caracteres distintivos del grupo iberorrománico y la que, junto con la influencia franca, caracteriza las modalidades lingüísticas del Mediodía de Francia y de la España Oriental y que, con la intervención de la reforma de Cluny, seguida de báculos de obispos y abades y de cayados de peregrinos, introducía los elementos necesarios para que la cancillería del rey, con sus leyes, creara la lengua española que, siglos más tarde, debía ser el órgano de la civilización cristiana y de la Cultura occidental con el Imperio de los Reyes Católicos y el descubrimiento de América.

LOS SUSTRATOS

La aplicación de los métodos de la Geografía a la Lingüística ha traído como consecuencia el buscar las capas prehistóricas de las lenguas románicas. Los sustratos lingüísticos comparecen en épocas y lugares distintos. Existe en España un sustrato latino común al románico y anterior a la Reconquista. En el elemento árabe-español existe otro sustrato latino, anterior a la invasión árabe. Y en el español de América encontramos diferentes sustratos prehispánicos, reflejo de las lenguas indígenas, que se hablaban en aquel continente.

Cierta nomenclatura de animales y plantas del Pirineo y de los Alpes permite admitir un sustrato alpino pirenaico común.

La extensión de la *ü*, procedente de *U* larga, permite admitir un sustrato celta, ya que este fenómeno coincide con lo que fue dominio celta.

Cierto vocabulario prerromano, típico del gascón, del sardo y del siciliano, ha suscitado a ciertos romanistas la idea de que nos encontramos delante del sustrato ibérico. Y la presencia de la lengua vasca en el Pirineo occidental ha creado la convicción de que es ella el sustrato viviente de la lengua originaria de la Península ibérica.

III

EL ORIGEN DE LA LENGUA VASCA.

El problema de la lengua vasca es uno de los problemas que más ha interesado y que aún más interesa a los filólogos desde que Humboldt visitó nuestra Península, hace más de un siglo. El misterio de la lengua vasca ha dado origen a una teoría etnográfica que admite una raza pirenaica, representada por los vascos, los cuales, en tiempos remotos, se propagaron de Norte a Sur de España. La ciudad romana de ILLIBERIS, de Andalucía, sería un testimonio de esta expansión. Y al buscar un origen de esta raza, se ha creído que ni era ibérica, ni celta, ni ligur. Esta teoría se apoya en la presencia de la lengua vasca que, por su carácter singular e indescifrable, debe ser el exponente de esa raza originaria de España.

Trombetti, lingüista italiano muy conocido, en su *Lingua vasca* compara el vasco con la lengua de los pueblos caucásicos y con la de las tribus del centro de América. Vittorio Bertoldi, en la *Zeitschrift für romanische Philologie* (1936) y G. Rohlf, en *Le Gascon* (1935), han estudiado los antiguos sustratos prerromanos del dominio iberorrománico y han dado con una serie de palabras prerromanas del gascón, de los dialectos peninsulares, del sardo, del siciliano y del napolitano, los cuales, según los dos filólogos, inducen a admitir que el vasco es la supervivencia de una lengua prerromana, el ibérico, que en una época remota tuvo su dominio en la cuenca del Mediterráneo, especialmente en su parte occidental. Para los dos romanistas, la influencia vasca fué tan intensa, que las notas características del gascón, del aragonés, del castellano, del catalán, del sardo y de los dialectos de la Italia meridional, deben explicarse por la influencia vasca.

Hugo Schuchardt, el genial romanista de Graz en los *Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften de Viena*, tomo 202, página 134, publicó un estudio interesantísimo, *Das Baskische und die Sprachwissenschaft*, y en él asegura que el lingüista Van

Eys tiene razón cuando niega que el vasco tenga declinación; y añade que el artículo vasco pospuesto no es otra cosa que una continuación o una conservación del demostrativo latino *ILLI*, *ILLA*, y contrariamente a Rohlf's y a Bertoldi, afirma que del vocabulario y de la construcción del vasco nada puede deducirse para explicar el parentesco de esa lengua. También observa Schuchardt que el empleo de los auxiliares vascos «ser» y «tener» no es algo específicamente vasco, sino que responde al uso que hacen de ellos las lenguas románicas y germánicas, y añade que la cópula en vasco es algo parecido a la de nuestras lenguas vulgares. Además, discute a Van Eys la existencia de un pasivo vasco, según el modelo del pasivo latino. Todas las lenguas derivadas del latín han abandonado el pasivo. Schuchardt todavía ha notado otras características del vasco, emparentadas, al parecer, con el latín, y afirma: «el vocabulario vasco y la sintaxis vasca reflejan un carácter típicamente románico», aunque no se atreve a dar la solución sobre el origen de esta lengua, y añade: «Las coincidencias entre el vasco y el romance, procedentes de la identidad de palabras y de formas, puede tener su origen en un doble procedimiento: o la palabra románica ha penetrado en el vasco, o la palabra vasca ha penetrado en el romance; una tercera posibilidad: la procedencia de una fuente común no entra en consideración para nuestro caso. Y manifiesta su opinión de una manera bastante clara cuando escribe: «las coincidencias externas del vasco con el romance, que deben considerarse como préstamos pedidos por el vasco, en su conjunto, nos ofrecen un terreno tan firme, que podemos considerarlos como una isla situada en medio de un mar inmenso». Y acaba: «el problema del vasco es uno de los problemas más intrincados que en Lingüística puede darse».

Las siguientes disquisiciones tienen aportar una solución de este intrincado problema, y que en demostrar que el vasco y el romance tienen su origen común a pesar de que Schuchardt diga que esto no entra en cuestión. Esto significa que: la situación singularísima del vasco y su carácter intrincado, que han dado pie a las teorías más peregrinas, deben investigarse de nuevo; el problema del vasco afecta principalmente a la Lingüística, pero también a la Etnografía y a la Historia.

Las investigaciones interesantes que se han hecho hasta

ahora sobre la lengua vasca no han podido tener en cuenta la metodología lingüística en sus aspectos de Dialectología y Geografía lingüística, a pesar de no darse lengua dividida en tantos dialectos como la lengua vasca. Se ha comparado el vasco con toda clase de lenguas remotas, y nadie lo ha comparado con los dialectos gascones, aragoneses, catalanes y castellanos. El mismo Schuchardt, en sus *Primitiae linguae vasconum*, ni establece una Fonética histórica del vasco ni consulta la Historia para que le ayude a encuadrar esa lengua.

Gregorio Mayans, en su obra *Orígenes de la Lengua española*, aduce los textos clásicos que se refieren a la Península y, al referirse a los vascones, escribe: «Según Suetonio, Octaviano domó la Cantabria y la Aquitania.» Por consiguiente, el país vasco fué dominado por los romanos. Según el testimonio de San Isidoro, Cneo Pompeyo echó a los vascos de los montes y los reunió en *Convenarum* (San Bertrán de Cominges). Este mismo Doctor, en sus *Etimologías*, gran enciclopedia de la cultura de su época, nos informa del origen griego de muchas palabras, fija el origen celta de otras y sólo señala tres palabras de origen bético. Este conocedor admirable de su época que sabía que los vascones habían sido transportados a Cominges, ¿habría ignorado la existencia de la lengua vasca en la Península ibérica?

Si el vasco fuere una continuación de la antigua lengua de la Península, encontraríamos inscripciones vascas de la Alta Edad Media, y el vasco viviría, o habría dejado trazos notorios de supervivencia en las regiones más salvajes de España y en los Picos de Europa, en los abruptos Pirineos aragoneses, o en la meseta castellana. Pero resulta que el vasco comparece en una región de montañas suaves, en la cuenca de unas rías que desembocan al Cantábrico, región que si pudo mantenerse aislada, no rechazó ni la colonización romana, ni una cristianización temprana, ni una fuerte influencia aquitana, cuando, durante los primeros siglos de la Reconquista, Navarra y Castilla enfocaban todas sus actividades hacia el Mediodía.

En realidad, el país vasco fué cristianizado en una época muy temprana. Las inscripciones cristianas datadas, y más antiguas de España, proceden del país vasco y de las regiones limítrofes. Por otra parte, los titulares de las parroquias de ese país reflejan una

antigüedad cristiana no posterior a la de las otras diócesis pirenaicas.

Si el vasco fuera la lengua primitiva de España encontraríamos, sin duda, préstamos del vasco en las lenguas romances de la Península. Azkue, en el *Homenaje a Ramón Menéndez Pidal*, ha reunido los elementos vascos incorporados al español de la Edad Media. He analizado uno por uno estos elementos en una reseña de los tres volúmenes del *Homenaje*, publicada en el *Anuari de l'Oficina Romànica* (vol. III), y no he podido encontrar ni uno que no fuera de origen romance. Vaquian de Valdés, en su *Diálogo de las Lenguas*, escrito hacia 1530, duda de la antigüedad del vasco por no encontrar préstamos vascos en el español. Y el mismo Gregorio Mayans, en sus citados *Orígenes de la Lengua española*, págs. 330-331, añade: «Si se observan bien las raíces de sus vocablos, tienen origen del latín, como lo he observado en el vocabulario manuscrito que se compuso en el año 1532 y se halla en la Real Biblioteca», y continúa: «No se hallarán en el vascuence voces correspondientes a muchas otras; si se observan bien sus raíces, unas serán latinas, otras españolas, otras francesas, otras de otras lenguas y poquísimas puramente vascas.» Además, aduce otro argumento interesantísimo sacado de la Toponimia: «el vasco no mantiene los nombres de los ríos y de los montes que son los que fueron».

Hasta la fecha no se conoce una Fonética histórica del vasco; nadie ha emprendido un tal ensayo y, no obstante, es de un interés capital para establecer su origen. Nadie ha aplicado los métodos de la Romanística a esa lengua. Si es posible fijar unas leyes que regulen su evolución partiendo del latín, deberemos admitir que de él deriva el vasco.

Para establecer una Fonética histórica del vasco deberíamos disponer de extensas investigaciones dialectales que, hasta ahora, no se han hecho. A falta de este elemento hemos recurrido al magnífico *Diccionario vasco-español-francés*, de don Resurrección M.^a de Azkue, y de su análisis damos los siguientes resultados:

FONÉTICA

1. Como en el sardo, encontramos en el vasco la distinción de la I breve y de la E larga : *ili*, «pelo», de *PIIU*; *bilagende*, «ganado de pelo»; *silu*, «sello»; *siku*, «seco»; *thibulla*, «cebolla».

2. La U breve se distingue de la O larga : *piku*, «higo»; *pi-kertsu*, «granuloso»; *piru*, «hebra de hilo»; *pisu*, «peso»; *portu*, «puerto».

3. El mallorquín tiene una evolución típica de la E larga tónica, con un sonido parecido a la o, que por el nombre de lugar OLOTIS, derivado de ILLICETUM, ya puede comprobarse en el siglo VI y en el catalán oriental. El vasco conoce también esa evolución : *sagu arrato*, «murciélago» (rata ciega); *saro*, «noche», de *SERA* (*aisaro*, Jueves Santo, jueves de los aies); *manda*, «hierba», de *MENTA*; *xori*, «pájaro», de *AVICELLU*; *óspe*, «fama», de *AESTIMA*. Confirman esta evolución las palabras *satu*, «madera del calzado» (*sota*); *saga*, «cuerda», de (soga), *noitz*, «vez», de *VICE*.

4. El grupo E seguida de CT pasa a *ei*, igual que en provenzal y en catalán antiguo : *peitu*, «falta», de *DEFECTU*; *peitasun*, «escasez».

5. Por influencia de la labial E tónica breve pasa a *u*: *iburni*, «infierno».

6. En el Val d'Aure, cerca del Ariège, y en ciertos valles alpinos, la A tónica pasa a o. Este mismo fenómeno comparece en el vasco : *so*, «generación», de *SANGUIS*; *sobia*, «salvia»; *astoca*, «estaca»; *cantore*, «himno», de *CANTARE*. El catalán conoce también esporádicamente este fenómeno : *escon*, «banco», de *SCAMNU*, y *fom* (siglo XIII), de *FAME*. Y la a tónica del vasco actual tiene un timbre muy parecido a la o.

7. La A seguida de CT pasó a *ei*, igual que en catalán preliterario y del actual ribagorzano : *feit*, «juicio», de *FACTU*; *fleit*, «buena disposición», y *fleita*, «estimación», de *PLACITU*.

8. El sufixo -ATA pasa a a larga, igual que en valenciano : *kantà*, «canción»; *ñikà*, «mirada»; *mirà*, «admiración»; *ferrà*, «herradura»; *eskutà*, «puñetazo».

9. La O tónica pasa a e en vasco : *izepo*, «hisopo»; *kerda*, «cuerda»; *azus*, «hueso», de *OSSU*; *ibeni*, «poner», de *PONERE*,

con cambio de conjugación; *semé*, «hijo», de IPSE HOMINE; *probesto*, «algüñcil», de PRAEPOSTRUM; *béi*, «buey», de BOVE; *erri*, «péñón», de UBERE; *mileka*, «maíz», de MILLOCA; *erri*, «pueblo», de POPULU, con evolución regular; *béri*, «nuevo», de NOVELTU. Comprueba esta evolución la forma *loto* de *lelo*.

El catalán conoce esporádicamente esta evolución que, hasta ahora, se había considerado como un fenómeno típico de esa lengua; *crèu*, «cruz», de CRUCE; *veu*, «voz», de VOCE; *deu*, «fuente», de DUCTU.

10. Por falsa represión; la O tónica ha pasado a *au*: *gau*, «día», de JOR (DIURNUM); *zaurride*, «hermanastro», de SORITE; *miauli*, «grano de castaña», de MEDULLU; *aurri*, «cabaña», de ORRID. Esta evolución refleja una influencia típicamente gascona.

11. La U tónica y la U atona pasan a *i* con mucha frecuencia: *meni*, «pequeño» (menut); *tipina*, «marmita», de TUPINA.

12. El grupo -IA final pasa a *i*, lo mismo que en mallorquín, rosellonés y dialecto del Vallé de Ribas: *cabi*, «nidó», de CAVEA; *pisti*, «bestia»; *sabi*, «sabia»; *bastókeri*, «tontería».

CONSONANTISMO

13. Las labiales: La P- inicial: a) desaparece algunas veces: *di*, «pasta de harina», de PANE; *erri*, «pueblo»; *aitada*, «trabajo», de PRITADA; b) pasa a *b*: *bekatu*, «pecado»; c) pasa a *f*: *fake*, «paz», de PACE.

14. La B- inicial desaparece algunas veces: *aio*, «arre a los bueyes», de *bayo*. Lo mismo cabe decir de la V- *aotz*, «sonido», de VOCE.

15. La F- inicial: a) desaparece: *aga*, «palo largo», de FAGA; *agé*, «viga»; *biadore*, «viajera»; b) pasa a *p*: *piko*, «higo»; c) pasa a *m*: *moilu*, «hinojo», de FOENUCLU; *moi*, «heces», de FIMU.

Si se examinan las palabras vascas que tienen B-, P-, F- o M- iniciales, nos producen la impresión de que el vasco se encuentra en el período de la romanización. Los dialectos de la Italia meridional, de la región de Lión, o de Graubünden, ofrecen un tratamiento parecido al de las labiales vascas, características que no se explican por influencia del iberismo.

16. La -N- : a) entre vocales desaparece en el vasco, igual que en el gascón : *ue*, «cuna»; *meilu*, «hinojo»; b) precedida de la A tónica pasa a *i*, igual que en mallorquín y en el catalán preliterario : *raio*, «rana»; *garaino*, «garañón»; *ainari*, «araña»; *ainguira*, «anguila».

17. La -L- entre vocales pasa a *r*: *iru*, «hilo»; *ira*, «helecho»; *or*, «el», de *ILLU*.

18. La -LL- entre vocales, sea originaria o procedente de -BL-, -FL-, -CL-, -LI- pasa a *rr*, igual que en gascón : *berri*, «nuevo», de *NOVELLU*; *oalarru*, «almohada»; *xori*, «pájaro»; *otarra*, «cesta», de *CISTELLA*.

19. La C- inicial desaparece unas voces : *ue*, «cuna»; *eun*, «cien»; *ambo*, «cepa», de *CAMBA*; *euli*, «mosca», de *CULICE*. Otras veces pasa a *t* o a *d*: *tarrata*, «carraca»; *tarketa*, «encinar», de *QUERQUETA*; *destaina*, «castaña».

20. Como el latín de los siglos II y III, y como el sardo, el vasco conserva el sonido de la *k* en las palabras que tienen C delante de E, I : *fake*, «paz»; *bike*, «pez», de *PICE*; *biketzu*, «pegajoso»; *lakio*, «red», de *LAQUEU*; *laket*, «placer», de *LICET*; *laketu*, «permitir», de *LICERE*.

La enumeración de estas leyes que, entre otras, rigen la evolución del vasco, es suficiente para demostrar el origen latino del vasco. Con los elementos latinos incorporados en las lenguas germánicas, en el bretón, en el dálmata o en el bereber, no ha sido posible establecer un sistema de Fonética histórica, como el que acabamos de establecer para la lengua vasca.

MORFOLOGÍA

21. En vasco encontramos reminiscencias del caso recto : *pa*, «beso», de *PAX*; *pader*, «ermitaño», de *PATER*; *padu*, «desierto», de *PALUS*, al lado de *padure*, «marisma», de *PALUDE*; *soretz*, «sauce», de *SALIX*; *elsuns*, «tábanos», de *et* y *sons*; *sartegi*, «sartén».

22. Como se ha indicado más arriba, el artículo vasco va afijado y no es otra cosa que una continuación del *ILLU*, *ILLA*. El *ek* es el *et* con el cambio de la *t* en *k*.

Pero la prefijación del artículo no es una cosa extraña al

vasco: *helmen*, «alcance»; *elsuns*, «tabano»; *elcorqueri*, «avaricia»; *alburu*, «el fin»; *eldarmio*, «el sueño»; *lantrotsa*, «bujía» (antorcha); *lapazorri*, «piojo», de *REDUCLU*; *lapico*, «olla» (la figa); *lapicoguin*, «collero»; *laranja*, «naranja»; *larrepetita*, «el reyezuelo»; *larritasnu*, «congoja»; *laru*, «amarillo» (AURU); *aturre*, «cárcel» (la torre).

23. El artículo *sa*, procedente de *IPSE*, *IPSA*, que vivió en el catalán y vive en el mallorquín y sardo, vivió también en el vasco: *samo*, «el bu» (sa por); *zabélui*, «crosta» (sa pelolla); *sapaluma*, «la primera pluma»; *sastaga*, «palo para remover la ceniza» (sa estaca); *sarki*, «entrada». Y como en el catalán del siglo XII, nos encontramos con palabras que tienen los dos artículos aglutinados: *lasaprena*, «sarcillo».

24. También encontramos las trazas del latín en los pronombres: *ni* — yo es el MI del caso oblicuo, que ha pasado al recto. En el catalán se ha producido el mismo fenómeno. El *neu*, «yo mismo», es el *ni* más *eu*, igual a *yo* *yo*. Nadie ignora la presencia del *eu* en provenzal y en catalán antiguo.

El *zu*, «tú» y «vosotros», es una continuación del TU latino, así como el *nik* es el oblicuo *ti* paralelo al *ni*.

El *gu* u «nosotros» puede ser muy bien la continuación de *u-nus*.

En *hor*, «a él»; *hori*, «este»; *houra*, «aquel», tenemos una continuación de *ILLU* con el tratamiento de la E larga típico del vasco y con la evolución de la -LL- a *r*.

25. Los numerales vascos son de origen latino: *bat*, «uno», es un derivado de *PALU* con evolución regular. Los labradores cuentan marcando palos o rayas, *bi*, «dos», es el *BIS*; *iru*, *irur*, «tres», es un derivado de *TRINU* con la caída de la T- inicial, con la pérdida de la -N- entre vocales, y con una -r final parásita. *Laur*, «cuatro», es el *LABARU*, «cruz». Las cuatro aspas del *LABARUM* han dado nombre al cuatro y no, al revés, las cuatro cabezas dan nombre a la cruz. *Bost*, «cinco». En catalán, las dos manos juntas forman la *AMBOSTA* de *AMBO*, «dos», y *BOST*, «mano»; y una mano son cinco dedos, de aquí que *bost* sea un *cinco*. *Sei*, «seis», es un derivado de *SEX*; *zazpi*, «siete», presupone un *SEPTU* con metátesis de P con z procedente de T igual que en *zu*, «tú». *Zotzi*, «ocho». Al lado de esta forma encontramos *ochi*, que es

un derivado de OCTO con el artículo IPSE prefijado. *Bederatzi*, «nueve». Entre «nuevo» y «nueve» se ha producido una homonimia que ha creado un *nau*, «nucve», en ciertos dialectos provenzales y en vasco: *berri*, no podía significar «nuevo» y «nueve», de aquí la creación de un *beratzi*, que no es otra cosa que un NOVELLATUS. Y *amar*, «diez», es una continuación de AMBA, «las dos manos». No es fácil la explicación de *ogei*, «veinte». Según todas las probabilidades, se trata de un o artículo y de un *veinte* «lo veinte»; y, finalmente, en *ehun*, «cien», tenemos el CENTUM, con la pérdida de la C- inicial, con metátesis y con la evolución de la *i* en *u*.

EL VERBO

Para los vascólogos, el verbo constituye la nota característica de la lengua vasca. Quiero observar ante todo que la conjugación de las lenguas es en gran parte una creación de los gramáticos y de las lenguas literarias. En mis numerosas encuestas dialectales he hecho la experiencia de que las formas de la flexión verbal son muy reducidas en cada dialecto.

Hace unos años que Fabra construyó una Gramática catalana y un catalán literario, y en ella introdujo un capítulo de combinaciones pronominales que fueron la tortura de aquellos que quisieron aprender el catalán, y que nunca existieron en la lengua viviente. Al principio he señalado la opinión de Schuchardt, que niega al vasco el pasivo y que, según los gramáticos vascos, es algo tan característico del vasco. Los pronombres afijados, sufijados y en sus múltiples combinaciones dan al verbo vasco el carácter misterioso e indescifrable.

Es singularmente típica del verbo vasco la formación de ciertos verbos con el participio *-atu*, *-itu*: *destatu*, «probar»; *debellatu*, «devastar»; *dezebitu*, «engañar»; *cantatu*, «cantar»; *cuscatu*, «descascar»; *manturatu*, «atreverse»; *miradu*, «admirar»; *ñicatu*, «guiñar»; *zebatu*, «acostumbrarse». Esta forma del infinitivo es debida a la necesidad de distinguir este tiempo de los femeninos en *-ATA*: *cantà*, «canción»; *ñicà*, «mirada», etc.

Este fenómeno nos explica la etimología del verbo auxiliar *IZAN*, que se forma del infinitivo *ESSE* y la forma del pasado *HAN*,

ya que el verbo ESSE no tiene participo en latín. Y nos explica también la de JIN, «venir», de IR, y el pasado HAN. El auxiliar DUT, «tener», se explica por un TENUU con la caída regular de la -N- entre vocales.

Renuncio aquí a dar la lista de los verbos vascos; puedo establecer su origen latino casi en su totalidad.

En la flexión, las características personales son :

- | | |
|----------------|----------------------------------|
| I : n- (ni) | IV : g- (gu) |
| II : z- (zu) | V : z _a -te (zuek) |
| III : d- (ura) | VI : d _a -te (et, ek) |

Estas características personales son de origen latino, como he indicado al hablar de los pronombres : *ni* es el *mi*, *zu* es el *TU*, *ura* continúa el *ILLA* ; *gu* es el *NOS*, que pasó a *nus*, y después a *u* y *gu* por falsa regresión (comp. *uge*, «cuna»); *zuek* es el *zu* procedente de *TU*, con la afijación de *et*. Tenemos la prueba en las formas *zute*, *zue*. Y en el *d-te* (et y ek) tenemos la continuación de *III*.

Los gramáticos vascos distinguen las raíces del indicativo :

- | | |
|-------------|----------------|
| I : natzai | IV : gatzaziki |
| II : zatzai | V : zatzaziki |
| III : zai | VI : zaziki |

En estas raíces tenemos las características personales; viene la preposición *AD*, que conocemos por la forma valenciana *az*, y sigue la forma del auxiliar *hay*: *hay a mi*, *hay a tu*, *hay a él*. El *ki* de las tres personas del plural procede del subjuntivo, de la misma manera que en la flexión verbal del indicativo, en catalán se usan las formas del subjuntivo.

Las raíces del subjuntivo son :

a). de presente :

- | | |
|-------------|---------------|
| I : makin | IV : gakizkin |
| II : zakin | V : zakizkin |
| III : dakin | VI : dakizkin |

b) de pasado :

I : mekin	IV : genkin
II : zenkin	V : zenkizkin
III : lekin	VI : lekizkin.

La *n* característica del subjuntivo equivale a HAN; el *ki* es el gascón *que* típico del subjuntivo, que se reduplica en las formas del plural, por haberse propagado a las tres del indicativo.

Y para poder distinguir el pasado del presente de subjuntivo hace recurso de la forma *e*. De manera que tenemos el *hay* para el presente de indicativo, *han ha* para el presente de subjuntivo y el *han he* para el pasado.

LOS SUFIJOS

Los gramáticos vascos dan gran importancia a los sufijos. Éstos, unidos al sustantivo, dan origen a lo que ellos llaman declinación vasca, rechazada por Schuchardt. Su división en animados e inanimados es arbitraria :

- a. *ak*. -*ak*. -*ek*, «él», «ellos» ; derivan de ILLE.
- aren*, «del», «de los» : es el latín REM, con la *a* protética.
- arendaco*, «para él», tiene el mismo origen, más el *de aco*.
- aratzat*. -*entzat*, «para él», de ILLU, más AD.
- ari*, «a él», es el sufijo ARIU.
- agandik*, «del», «de los» : de *ak* (et) más *an* más HINC.
- agan*, *akan*, «en» ; «en los» : de *ak* y *en*.
- agabe*, «sin él», de *ak* y *cabe*.
- ez*, *az*, «de» : proceden de EX.

SUFIJOS SUSTANTIVOS

-*aga*, «abundancia», de FAGA ; -*alde*, «lado», de LATERE ; -*ari*, de ARIUM ; -*pe*, *be*, «bajo», de PEDE ; -*bide*, «camino», de VIA ; -*eta*, «abundancia», de ETUM ; -*ondo*, «árbol», de FRONDE ; -*tasun*, «cualidad», de -ATIÖNE ; -*tegi*, «sitio», de LOCU ; -*era*, «modo», de ARIA ; -*eri*, de HRIA.

SUFIJOS ADJETIVOS

Gabe, «privación» de *cabe*; *gaitz*, «negación» de CAPS (*cats*); *gile* «agente», de AGILIS; *-lari*, «oficio», de ARIU; *-ale*, «afinidad», de ALIS; *-zale*, «agente», de ALIS. Tan interesante como la fonética y morfología vascos es

LA TOPONIMIA

Es una creencia generalmente admitida que la Toponimia vasca es prerromana en su totalidad. Y nada hay más equivocado. Las listas de la Décima, que las Diócesis de la Corona de Aragón pagaban a la Santa Sede durante la Edad Media, han registrado, durante una serie de años, los nombres de todas las parroquias del Reino de Aragón y de Navarra, escritos tal como se pronunciaban, figurando en ellas gran número de parroquias del país vasco. Son una fuente preciosa para el estudio del vasco. He repasado estas listas, y la mayoría de nombres de pueblos vascos, hoy difíciles de explicar, se aclaran por la grafíaseudofonética del siglo XIV.

El nombre de Pamplona, IRUA (en la Edad Media URUÑA), es un reflejo de la antigua colonización romana del país. En la época romana, Pamplona era una COLONIA, y el vasco ha conservado el nombre URUA, que es el COLONIA, con la caída de la C- inicial.

La Toponimia vasca ofrece un sinnúmero de localidades que comienzan con ECHE: *Echarri*, *Echeberri*, etc. ECHE no es otra cosa que un derivado de TECTU, «casa», con la caída de la T inicial.

ERRI, en vasco, significa «pueblo», y entra como componente de un gran número de nombres de lugar. ERRI es la evolución regular de POPLU, con la caída de la P- inicial y el paso de PL a -ll- y a -rr-, y el de la -U a i.

EL BERRI, «nuevo», es el segundo componente de muchas localidades; BERRI es una continuación de NOVELLU, con la caída de la N- inicial y el paso de la -ll- a -rr-.

El MENDI, «monte», es otro elemento toponímico muy frecuente

en la *Toponimia vasca*. Su origen no es otro que el latín MONTE, con la evolución de la O a è y de la T a d.

El nombre del Valle de ARÁN sirve de argumento para probar que el dominio del vasco llegó hasta la cuenca del Garona. En el país vasco encontramos *Zabala* de IPSA, «valle», al lado de ARÁN. Y este nombre toponímico no es otra cosa que el VALLE con la caída de la V inicial (véase 14), con el paso de -LL- a r, y con la presencia de una -n final y móvil, típica de los dialectos de la Francia meridional.

El nombre DONOSTIARRA ha indicado la quinta esencia de lo vasco; deriva de DONOSTIA, que no es otra cosa que DOMINU SABASTIANU, el santo es Don en vasco, y la A tónica secundaria de Sebastia ha pasado a o, siguiendo la evolución regular.

LA CULTURA MATERIAL Y LAS TRADICIONES POPULARES

La Cultura material del país vasco no difiere ni en la forma ni en la nomenclatura de la Cultura material de las demás regiones pirenaicas. La Cultura material vasca reunida en el Museo de San Telmo, de San Sebastián, comparada con la de la región pirenaica catalana, que he reunido en *La Casa Catalana*, no ofrece características especiales; apenas puede encontrarse una herramienta o un nombre de utensilio típica y exclusivamente vascos: los morillos, los trébedes, las cadenas del hogar, el banico, son los mismos de la región pirenaica catalana; las layas y las azadas tienen la misma forma; los útiles de pesca, las barcas, las redes, los cestos y sus nombres tienen un origen común; la casa vasca con sus arcaes, sus camas y sus manteles, su roscadero, no ofrecen diversidad alguna fundamental ni en la forma ni en el léxico. La típica carreta vasca, con sus ruedas compactas, la conocemos por las miniaturas de las Biblias ilustradas para otras regiones de España y, todavía no hace un siglo, era común en la isla de Mallorca. El cultivo del cáñamo y del lino, la rueca y la agramadera, tienen sus nombres románicos; y las herramientas de labrar la tierra, las de la siega y del trillar no difieren ni en la nomenclatura ni en la forma de las de la región pirenaica catalana. Si la Cultura material del país vasco en su forma y en su nomenclatura es la misma de la Europa occidental, lo extraordi-

nario sería que la lengua de esa región no tuviera un origen latino.

Las tradiciones populáres reflejan una antigua unidad con las de las demás regiones del Pirineo. El mes de diciembre es conocido en vasco por *Abendu*, y en Andorra y en el Valle de Áneu, por *Advent*.

Los labradores del Pirineo catalán tienen la festividad de San Miguel de Septiembre, como punto inicial de sus contratos. En vasco, el mes de septiembre es conocido por *Buruil*, «el mes cabeza» (la luna primera). En sardo, ese mes es conocido por *Cabirannu*, «cabeza del año».

Azkue, en su diccionario, cita la palabra *Aldaetche*, «casa donde las mujeres mudan de vestuario para ir a misa». *Aldqetche* es la «casa de las faldas». Martínez Martínez señala una casa parecida en Altea, donde las labradoras calzan sus medias antes de entrar a la iglesia.

El *bertsolari* vasco, especie de trovador popular, reaparece en Menorca.

El sarao es conocido en vasco por *bigira*, de VIGILIA. Esta palabra nos hace remontar a las vigiliás de los primeros siglos de la Iglesia, como es una manifestación de Cristianismo primitivo el colocar las ofrendas de pan y cera sobre un mantel, durante la misa, en sufragio de los difuntos. Esta costumbre que San Agustín reprendía a su madre Santa Mónica, tan generalizada en el país vasco, reaparece también en Cataluña.

Zotalegun son los doce días primeros del año que comienza y que predicen el tiempo de los doce meses del año. Estos doce días de *sota* comparecen también en Menorca.

Mimacaro es uno de los nombres que se dan a la Virgen en el país vasco. Es una abreviación de *Mi madre cara*, que explica el nombre de la Virgen *Macarena*, de Sevilla.

Renuncio a analizar el léxico vasco que encuentro de origen latino en más del ochenta por ciento, sin recurrir a diccionario etimológico. Los nombres de las ideas generales, los nombres de las partes del cuerpo, los términos de parentesco, los nombres de las estaciones y de los meses del año, los de los animales, de las plantas y de los árboles; el vocabulario de la casa, todo es de origen latino.

Y, por último, a los muchos argumentos dados para probar el origen latino del vasco quiero añadir otros tres. La irradiación de una palabra, su fuerza creadora y expansiva es el signo más característico de su legitimidad. Los elementos extraños al cuerpo de una lengua son estériles. Generalmente, los préstamos incorporados a una lengua no tienen familia, no irradian. Al estudiar el vocabulario vasco puede observarse que el elemento latino, que se descubre a simple vista, tiene una potente irradiación. Las palabras *buru*, «cabeza», de *PILU*; *etche*, «casa», de *TECTU*; *urua*, de *AQUA*, han creado unas familias que cuentan con centenares de derivados.

Uno de los fenómenos curiosos de la lengua vasca es el de que los homónimos vascos, en ciertos casos son también homónimos en las lenguas romances colindantes: *Ur*, «agua», y *hur*, *ur*, «ave-llana», son *awa* y *awaran* en aranés, derivado de *AVELLANA*. El verano es conocido en vasco por *uda*, *udara*, y la pera, por *udare*; en latín, las formas fundamentales de esas voces vascas son *VERE* y *PERA*. El bastón es una *cana* en vasco, y la caña, un *canabe*. En gascón, y también en ciertos dialectos catalanes, el bastón es una *cana*, y la caña, un *canabé*. Este paralelismo es inexplicable si no se admite para el vasco y el romance un fondo común, el latín.

En latín tenemos dos tendencias en relación con la construcción; una que coloca el caso regido antes que el regente y la otra que coloca el regente antes que el caso regido: *Petri domus*, *illi homines*. Esta tendencia ha triunfado en todas las lenguas romances, excepción del rumano y del vasco, que conservan la primera, y esto debido a la ausencia de una lengua literaria reguladora de la Edad Media. Esa inversión junto con una fonética, sumamente progresiva y gasconizada por una parte, y sumamente arcaica por la otra, han dado al vasco el carácter misterioso e indiscifrable.

El dialecto catalán del Valle de Aneu tiene una forma típica de negación; es el *cap* afijado: «no ho sé cap», «no ho té cap», «no lo sabe», «no lo tiene». Ahora bien, el vasco expresa la idea de negación por la misma palabra afijada: *ga*, *gabe*, *bagé*, *kaitz*, que ha dado carácter negativo a centenares de palabras vascas de origen latino: *paragabe*, «sin igual»; *burubage*, «insensato».

Pero la inversión no afecta solamente a la sintaxis, ha actuado

con gran fuerza sobre el vocabulario vasco, dándole un carácter indescifrable. Jules Ronjat, en su *Grammaire istorique des parlers provençaux* (vol. III), señala la metátesis como típica de los dialectos de la región de Bayona, colindantes con el vasco.

Damos a continuación algunos ejemplos de esa inversión: *il*, «luna», con evolución de la *u* a *i* y pérdida de la -N- intervocalizada; *muga*; «extremidad», de *cabu*; *edarra*, «medida de vino», de *ferrada*; *dargatu*, «sorber», de *tragar*; *alde*, «lado», de *LATERE*; *tipi*, «pequeño», de *PETIT*; *bage*, «sin», de *CABE*; *Urzi*, «Dios», de *DIU*, con el paso de la D inicial a *z*, y con una *r* parásita típica del vasco, y paralela a la K final parásita del catalán (*nuk*, *párluk*, etc.).

CONCLUSIÓN

Al examinar detenidamente los elementos constitutivos del vasco: su fonética, su morfología, su léxico, su historia externa, su cultura material, sus tradiciones, creo haber encontrado en esa lengua dos capas lingüísticas que, superpuestas, le han dado un carácter singularísimo.

Lo que es hoy país vasco fué romanizado muy temprano, desde la Cuenca del Ebro. El latín llegó aquí, por conducto del gran río español, desde Tarragona, ciudad que, por otra parte, durante la época visigótica, ejerció gran influencia en el Mediodía de la Galia y señaló los límites que más tarde han pasado a ser fronteras entre el francés y el provenzal. Así como en el español de América, después de cuatro siglos de dominación, se encuentran todavía gran número de indianismos, así en el latín de la España visigótica quedaron fosilizados muchos iberismos.

Al producirse la Reconquista, la unidad lingüística de España, con su doble corriente meridional y septentrional, se resquebrajó y aparecieron una serie de dialectos y de lenguas peninsulares, cuya importancia y significación concuerdan con la preponderancia política de los respectivos soberanos: el leonés, el castellano, el gallico, el aragonés, el catalán.

Si Cataluña, después de la Reconquista, no hubiera tenido una personalidad política destacada, la influencia franca habría transformado en provenzal el catalán.

Durante la Reconquista, especialmente en los primeros siglos, el país vasco vivió bajo una influencia cultural, económica y religiosa muy intensa del país gascón, que políticamente dependía de Inglaterra. El Arzobispo de Auch, todavía hoy ostenta el título de Primado de las dos Navarras. Esta influencia, junto con el hecho de producirse la Reconquista castellana, desde los Montes de Oca y la Tierra de Castiella hacia el Sur, separaron lingüísticamente el país vasco del castellano. El romance visigótico con múltiples iberismos evolucionó en los dominios del catalán, castellano y leonés. En cambio, en el país vasco quedó fosilizado, por haberse superpuesto una capa gascona. Esto es lo que puede deducirse de una fonética del vasco con evoluciones típicas de los siglos IV y V de nuestra era, acompañadas de un léxico y de unas tradiciones sumamente arcaicos. Y otra serie de fenómenos de la evolución fonética permiten distinguir de una manera clara el elemento de la capa gascona que, por su vitalidad, ha dado un carácter tan singular al vasco.

CONTESTACIÓN DE D. MANUEL DE MONTOLIU

Señores Académicos :

La vida tiene singulares coincidencias y los caminos de los hombres se entrecruzan a veces de una manera sorprendente. ¿Quién me había de decir a mí, por ejemplo, que el día en que tuve el honor de ser solemnemente recibido en esta docta Corporación, el académico que dió contestación a mi discurso de entrada, mi entrañable amigo, el inolvidable compañero nuestro, Alfonso Par, cuya memoria resplandece hoy entre los destellos gloriosos de su corona de mártir de la fe y de la Patria, habría de dejar dentro de pocos años vacío su sillón académico y que su sucesor en éste habría de ser precisamente otro entrañable amigo mío, unido a mí por el destino con este vínculo tan fuerte que crea una comunidad ininterrumpida de estudios y aficiones intelectuales y una prolongada convivencia en una labor científica alimentada por el más alto y puro ideal de cultura individual y colectiva? ¿Y no he de considerar como la continuación providencial de esta estrecha relación que une estas dos vidas con la mía el hecho de haber sido yo el designado por esta docta Academia para contestar el discurso de entrada, que acabáis de oír, de este querido condiscípulo y fiel compañero mío, durante largos años de luchas y fatigas, que va a reemplazar en su sitio de honor al inolvidable amigo que puso el más amable y benévolo comentario a mi discurso de entrada en nuestra Corporación?

No sabría yo expresar con palabras que tuviesen fiel correspondencia con el sentimiento, la satisfacción que hoy, en este acto solemne, siente mi corazón al verme seguir formando parte de esta constelación de amistad en la que uno de mis dos amigos brilla ya como un lucero en el cielo de la inmortalidad... Perdonadme que antes de entrar en la materia de mi contestación haya querido rendir con cierto enardecimiento lírico mi piadoso tributo a la memoria de nuestro inolvidable académico-mártir, que ahora, estoy seguro, siente en la mansión de la Gloria la satisfacción de escuchar la voz del amigo al contestar con el discurso de rúbrica al de este otro amigo, sucesor suyo en esta Academia.

Antonio Griera y Gaja, al que acabáis de escuchar, queridos colegas, entra en nuestra Corporación cargado y aun sobrecargado de positivos merecimientos después de toda una vida consagrada, con un espíritu de abnegación por encima de todo encarecimiento, a los estudios de una ciencia, abrazada y cultivada por él con un ardor ejemplar, con una vocación indeclinable, que yo me atrevería a calificar de verdaderamente sacerdotal, si no me lo impidiese la misma sagrada dignidad que ostenta de ungido del Altísimo. Fué el ya lejano año de 1908 cuando conocí a Antonio Griera. Fué esto en ocasión de las oposiciones que había convocado la Diputación Provincial con objeto de designar a tres pensionados para hacer durante tres años en las Universidades alemanas estudios de Filología románica, y en las que yo quise presentarme. Presentáronse otros dos opositores: el nuevo Académico en cuyo honor se celebra la presente fiesta, y Pedro Barnils y Gjol. Permitid que rinda en un breve paréntesis mi tributo de amistad a la memoria de ese eminente fonetista español, querido compañero nuestro, al que tan prematuramente arrebató la muerte de nuestro lado cuando su gran talento científico y su infatigable laboriosidad prometían frutos aun más sazonados y definitivos que los tan meritorios que ya había producido en el campo de la Fonética y la Sordomudística. No conocía yo entonces ni a uno ni a otro.

Indeleblemente me ha quedado grabada en la memoria la impresión que me produjo aquel muchacho de veinte años, estudiante del Seminario de Vich, nacido en el pueblo de San Bartomeu del Grau, situado en una de las estribaciones de las sierras que circundan la Plana, de una familia de modestos labradores, de éstas que por suerte de nuestra tierra tienen a honra transmitir incólume de generación en generación la sagrada herencia de la gloriosa tradición cristiana de nuestro pueblo. Llevaba ya en los ojos la llama de su indeclinable vocación, de su diamantina voluntad, de su inteligencia despierta, de su febril curiosidad científica, esa llama que había de crecer y avivarse en el curso de los años y que había de acabar por transformar aquel rústico muchacho que llevaba todavía adherido a su persona el recio y sano perfume del terruño, en el discreto hidalgo de la Ciencia que hoy admiramos todos, nacionales y extranjeros, como una de las autoridades universalmente respetadas y de más sólido prestigio en el mundo de la Filología.

La estoica sabiduría que se cifra en el consejo de que cada uno ha de ser hijo de sus obras se ha realizado plenamente en ese hijo de labradores que supo adivinar ya, en los años de su adolescencia, en el humilde dialecto de su región y en la gloriosa lengua de su tierra, una fuente del más puro y subido goce intelectual, a semejanza de su genial coterráneo Verdaguer, que de jovencito tuvo oídos bastante sutiles para percibir la armonía y la belleza recóndita de la rústica habla local que él había de elevar a las más sublimes esferas de la poesía. Al labrador-filólogo y al labrador-poeta se les aparecieron un día las Musas como al pastor-poeta Hesíodo, en medio de la paz idílica de los campos paternos, para recibir de ellas la indicación de su camino en la vida, para aquél, el de la Poesía, para éste, el de la Ciencia.

El que os habla es testigo de excepción del rápido aprovechamiento que hizo en sus estudios de Filología el joven Antonio Griera aquellos años en que, junto conmigo y el malogrado Pedro Barnils, frecuentamos las aulas de la Universidad de Halle a S., escuchando ávidamente las lecciones de nuestros eximios maestros. Era aquella una época de extraordinario esplendor de la cultura alemana en todos sus órdenes. En estos años que precedieron la catástrofe del sangriento conflicto europeo de 1914-1918, origen de todas las calamidades que se han abatido y se abaten aún en los pueblos más civilizados de Europa, la Universidad alemana era una colmena crepitante de actividad investigadora. Firmemente asentada todavía en la sólida base de su gran tradición, esa Universidad conservaba aún, en líneas generales, su antigua fidelidad al postulado de la unidad de toda la cultura intelectual de Occidente, y los jóvenes que en ella estudiaban podían aún garantizarse contra el peligro de una especialización exclusivista y hermética a la cual les empujaban ciertas corrientes del tiempo, y podían salir de sus Seminarios, pertrechados con una cultura general cimentada en el estudio de la Filosofía y de la Historia, de la Lengua, del Arte y la Literatura, en una palabra, todos aquellos conocimientos básicos de la educación humanista. No creáis que estas observaciones sean ajenas al objeto propio de mi discurso. Por el contrario, las he querido hacer con el fin exclusivo de que antes de entrar a hablar de los trabajos filológicos de nuestro recipiendario, que le han valido la entrada en nuestra docta Corporación, tengáis bien presente que

nuestro novel compañero aprovechó admirablemente esos años que le había deparado la Providencia para adquirir, no solamente la más acabada aptitud para el manejo de la técnica de la ciencia filológica, sino también para aumentar el caudal de su cultura intelectual en todos los órdenes del saber humanístico. Porque nuestro novel académico no es ni ha sido nunca un hombre *unius libri* ni *unius scientiae*, un especialista absorbido en su especialización, sino que, huyendo igualmente del escollo opuesto, del fácil enciclopedia que tantos talentos y tantas esperanzas ha malogrado siempre en nuestra España, supo, guiándose con la clarividencia de su fino instinto, mantenerse equidistante de estos Scila y Caribdis de la cultura moderna y proseguir imperturbablemente su ruta por el campo de la Filología, tan maltratado, pisoteado por el trabajo estéril de tantos diletantes, por un lado, y por el igualmente nocivo de muchos especialistas que han olvidado el hecho elemental de que la lengua es una creación y una representación del espíritu, hermana de las que constituyen la esencia de la Historia y la Filosofía, de la Poesía y el Arte.

Teniendo siempre presente esta unidad substancial de la cultura, Antonio Griera aspiraba, sin embargo, a especializarse en disciplinas poco o nada conocidas por aquellas fechas en España. Por este motivo, al cabo de cuatro semestres de estudios en la Universidad de Halle, decidió ir a estudiar en la Universidad de Zúrich, en la cual estaban mejor representadas que en las de Alemania ciertas disciplinas o especialidades nuevas dentro de la ciencia filológica, tales como la Dialectología y la Geografía lingüística. Extinguidos ya los tres años de estudios que se nos habían señalado para gozar de la pensión concedida por la Diputación Provincial, mis dos compañeros, Pedro Barnils y Antonio Griera, solicitaron prórroga por otro año, con el objeto de ir a estudiar, aquél, la Fonética experimental, bajo la dirección de su ilustre inventor l'abbé Rousselot, y éste, la Geografía lingüística, bajo la de Julio Gilliéron, el primero que la asentó sobre firme base y la encauzó por métodos sólidamente científicos.

Corría el año 1912. Mi compañero de estudios, espléndidamente pertrechado de toda la técnica de su ciencia y bien impuesto de todas las tendencias dominantes en la moderna filología, después de cuatro años de haber consagrado todas las juveniles energías de

su dinámico temperamento al estudio de disciplinas, algunas de ellas absolutamente desconocidas en España, y agraciado con el título de Doctor, ganado tras brillantes ejercicios en la Universidad de Zürich, vuelve definitivamente a Barcelona. Vuelve, ¿por qué no decirlo?, lleno de ilusiones, como llenos de ilusiones volvimos sus otros dos compañeros de pensión. Pero estas ilusiones, por lo que respecta al apoyo que esperábamos encontrar en los que nos habían enviado a las Universidades extranjeras, pronto demostraron ser realmente tales, porque la realidad que había de ser su coronamiento no tardó en desvanecerse como una niebla. No voy a entreteneros, señores académicos, con el relato de los incidentes de una confabulación organizada contra las legítimas aspiraciones del que tras varios años de estudios especializados en las Universidades alemanas, suizas y francesas, tenía derecho a ocupar el puesto que le correspondía en instituciones creadas precisamente para cultivar y fomentar esos estudios. Pasaré, pues, por alto, por estimarlo demasiado bochornoso, y también porque la discreción me veda ocuparme de un asunto que me afecta personalmente, de este triste capítulo de la historia de nuestra Cultura. Lo que sí quiero hacer constar, porque esto entra de lleno en la materia de mi discurso, es que en este largo período, nuestro nuevo académico no cesó de beber su cáliz de amargura hasta que tuvo que separarse de una Corporación en que se daba el donoso caso de llevar en su título la designación de *filológica* y no contar entre sus miembros sino un solo filólogo...

La actividad científica de Mosén A. Griera ha sido desde el principio de una intensidad y de una extensión notable.

Cinco han sido los principales aspectos de su ingente y valiosísima labor, que le ha dado su alta categoría en la moderna Filología románica.

Una de las manifestaciones de la plenitud de la vocación filológica de Antonio Griera ha sido su intervención activa e ininterrumpida en la discusión de todas las cuestiones planteadas en nuestros tiempos en el campo de la Filología románica. Y este aspecto de su actividad la encontramos reflejada en el sinnúmero de recensiones y notas que ha publicado sin interrupción en el transcurso de los últimos treinta años en las revistas profesionales españolas sobre las publicaciones nacionales y extranjeras de toda clase, concer-

nientes a su campo científico; de suerte que bien puede afirmarse que en estos centenares de notas críticas y bibliográficas salidas de la pluma de nuestro novel académico tenemos una de las exposiciones más completas del movimiento y evolución de la Filología románica de un cuarto de siglo.

Antonio Griera ha intervenido también con reconocida competencia en la discusión de los problemas de más palpitante interés debatidos en esos últimos años entre los romanistas, y en algunos de aquellos ha propuesto soluciones que, cuando no han sido unánimemente aceptadas, han despertado el más vivo interés entre sus colegas. Citaré solamente algunos casos. Ya en el primero de sus trabajos de más empuje, a saber, el estudio de la frontera lingüística catalano-aragonesa, con el que mereció el título de Doctor de la Universidad de Zúrich, puso de nuevo sobre el tapete la vieja cuestión sobre la familia lingüística a la que, en realidad, pertenecen los dialectos de la región ribagorzana, enclavados entre el dominio del aragonés y el del catalán. Creo que todo filólogo imparcial y desapasionado, después de la lectura de esta Memoria doctoral y de otros trabajos complementarios que él escribió sobre el mismo tema, habrá de coincidir con la opinión del doctor Griera, no apriorística, sino puo resultado de los hechos lingüísticos observados en su investigación sobre el terreno y fielmente registrados en su trabajo, y habrá de admitir la conclusión de nuestro sabio colega al afirmar decididamente la filiación catalana del hablar ribagorzano, aunque reconociendo las huellas de la influencia de los vecinos dialectos aragoneses; conclusión que él refuerza oportunamente con consideraciones sobre la historia de la Reconquista en aquella región. Otro caso de feliz intervención del doctor Griera en la discusión de los problemas actuales de lingüística románica es la aplicación sistemática que en sus estudios de Geografía lingüística, principalmente, ha hecho de la homonimia, como factor determinante de la diferenciación fonética y gramatical en la evolución de las palabras, criterio que ya había usado Julio Gillieron en sus estudios sobre el Atlas lingüístico de Francia, pero que nuestro amigo ha sistematizado con excelente método y acertada aplicación: Basta leer trabajos como *Solum y Sole*, *El catalán Poll*, *Absinthium* y muchos otros para convencerse, no sólo de la penetración de su ingenio, sino de la gran importancia, mayor que la

que hasta entonces le había sido atribuída, de este criterio para el estudio etimológico. Otro punto interesantísimo de discusión ha tocado nuestro eminente filólogo en numerosos trabajos: el de las relaciones que existen, en los orígenes medioevales de las lenguas románicas, entre el léxico y la fonética de los dialectos y los antiguos centros de cultura eclesiástica, y más concretamente, las capitales diocesanas del territorio de una lengua. Sumamente apreciables son los resultados a los que él ha llegado en sus estudios sobre este tema (p. e., en lo titulados *Del Regne de la Mort, Litúrgia popular, La naixença, les esposalles i la mort*); en los que se ha revelado como un aprovechado discípulo del iniciador o inspirador de esta interesante orientación, el sabio romanista-suizo Enrique Morf.

Pero no se ha contentado el doctor Griera con la continua y activa presencia de su saber en cuanto ha sido objeto de discusión y tema de actualidad en el campo de la Filología; ni se ha limitado tampoco a apuntar soluciones más o menos acertadas y plausibles a los puntos oscuros o no bastante esclarecidos de su disciplina. Ha demostrado, además, poseer el talento creador dentro de su ciencia, y algunas de las soluciones por él propuestas a estas arduas cuestiones han adquirido en sus trabajos el desarrollo de verdaderas teorías, algunas de ellas atrevidas, que han hecho sensación entre los cultivadores de la Filología.

Acabáis de oír en su discurso de entrada una docta disertación sobre el *Origen del español*, en el que expone una visión del problema y propone una solución que no coincide del todo con la expuesta por Menéndez Pidal sobre el mismo problema. Para el doctor Griera, tienen una importancia capital en el origen de los idiomas hispánicos dos hechos o dos circunstancias paralelas y al fin convergentes: por una parte, la cultura romano-cristiana del Norte de África, especialmente de Cartago, cuya influencia en la Península ibérica, concentrada en la Diócesis de Sevilla, ha demostrado cumplidamente; y por otra, la cultura eclesiástica del Obispado de Arles, en Provenza, que penetró en España por Tarragona y Roncesvalles. Según nuestro docto colega, los dialectos y lenguas de la Península son creación de la Cultura visigótica formada por la amalgama y la fusión de estas dos corrientes culturales procedentes del Sur y del Norte. Según él, esta fusión fué perfecta

y cumplida, y admite como manifestación de ella una primitiva lengua latina vulgar común a todos los pueblos de la Península en la época visigótica. Fué, según él, la invasión arábica la que desplazó los centros que habrían condicionado el ulterior desarrollo de una lengua románica común panhispánica, que habría abarcado desde el Atlántico a los Alpes por el Sur del Loire, comprendiendo dentro de una misma área lingüística los dominios del Sur de Francia y toda la Península ibérica. Nuestro recipiendario no se atreve a llevar más allá su luminosa hipótesis y deja discretamente planteada la cuestión de si con la invasión arábica, la lengua vulgar mozárabe de los cristianos andaluces fué trasplantada al Norte de la Península, provocando el nacimiento del leonés-asturiano, del castellano, del aragonés y del catalán, o bien si estos dialectos son nuevas creaciones. Él se inclina a la primera solución, sin embargo; y no puede negarse que sus argumentos tomados de la historia de la Cultura eclesiástica, de la Liturgia, de la Historia política y de la Lexicología, producen una gran impresión.

Otro gran problema histórico-lingüístico que ha atraído poderosamente la atención de nuestro docto filólogo es el de la lengua vasca. Problema que constituye un verdadero enigma, ante el cual se han estrellado todos los esfuerzos del ingenio y del saber de los grandes lingüistas que lo han afrontado. La lengua de los vascos se levanta ante la Ciencia como una Esfinge secular que, cual la de Edipo, ha devorado sucesivamente a cuantos, habiendo osado acercarse a ella para contestar los grandes interrogantes que formula a la Ciencia, han tenido que enmudecer y declararse vencidos. Antonio Griaer ha sido de los últimos audaces que ha aspirado a penetrar el misterio en que los siglos han envuelto a esa gran Esfinge ibérica. Hace años que la interroga; y hasta ahora, lejos de amedrentarse y declararse vencido, se nos presenta lleno de optimismo y confianza en la seguridad íntima de haber acertado los ardidés que han de desencantar finalmente el sortilegio milenario y han de descorrer por último el velo que oculta el secreto de la Esfinge.

El aspecto más interesante quizás de este gran problema es el de su origen histórico. El esclarecimiento de este aspecto, hasta hoy insuficientemente estudiado, ha de ser la base indispensable para llegar a descubrir la verdadera naturaleza del idioma eúskaro

y para saber, finalmente, el lugar que le corresponde en esa inmensa ramificación que el lenguaje humano ha tenido a través de la historia sobre el planeta, y decidir la familia lingüística a la que pertenece esta misteriosa lengua. Antonio Griera cree haber descubierto el secreto del vasco con la conclusión verdaderamente revolucionaria (a la que ha llegado tras varios años de estudio) de que esta lengua era, en realidad, una variedad — extraña y singular ciertamente — de la familia románica y, por lo tanto, derivada del latín, como sus vecinas. A esta conclusión llegó aplicando los resultados de una minuciosa y paciente investigación puramente filológica del léxico, de la fonética, de las formas gramaticales del vasco. Pero una vez llegado por este camino a la convicción de que se trataba de otra lengua románica, oculta bajo los más insólitos y sorprendentes disfraces, se apresura a asentar la base histórica de su convicción consultando cuantos documentos le ofrecía la Edad Media desde sus tiempos más remotos, en busca de la luz que iluminase la gestación y el nacimiento de esta lengua, hija rebelde a la labor escrutadora de la Ciencia, que había huído constantemente de las manos que habían intentado apresarla y someterla como todas sus vecinas románicas al experimento de la Ciencia lingüística. Ya habéis oído la exposición metódica que acaba de hacer el novel académico de los principales resultados de su investigación. ¿Os ha convencido? De mí sé decir solamente que nuevamente me ha impresionado. Y digo nuevamente porque yo he asistido, por decirlo así, a la gestación de esta teoría del doctor Griera en las frecuentes conversaciones que sobre este tema tuvimos en diferentes ocasiones de nuestra permanencia en la zona nacional durante el Glorioso Movimiento. No voy ahora, no ya a insistir sobre sus consideraciones filológicas, sino tampoco quiero declararme partidario ni adversario de su opinión. Porque se trata de una materia tan especializada, que sólo los que han estudiado seriamente un problema tan arduo y tan poco dilucidado hasta ahora pueden permitirse el lujo de tener sobre ello una opinión personal satisfactoriamente fundada. Pero sí que me atreveré a declarar que los argumentos, algunos de ellos inéditos, que nuestro nuevo colega extrae de la etnografía y de la historia en refuerzo de sus conclusiones lingüísticas, los considero de gran peso y me inclinan a una aceptación favorable a su tesis. ¿No

hace pensar, en efecto, el hecho, aducido por nuestro eminente filólogo, de que en la época visigoda, San Isidoro, conocedor admirable de su época y de su país, se muestre en sus *Etimologías*, la gran enciclopedia de la Cultura de su tiempo, completamente ignorante de la existencia de la lengua vasca en la Península ibérica? ¿No es sospechosa también la absoluta carencia de inscripciones vascas en la Alta Edad Media y la circunstancia de no haber sobrevivido el vasco en las regiones más abruptas y aisladas de la España del Norte? ¿Y cómo se explicaría, por el contrario, la supervivencia de una lengua indígena prerromana, aislada de sus vecinas, en esa región de montañas suaves, en un país con rías numerosas y que desembocan en el Cantábrico, propicias al comercio marítimo, en un rincón de la Península, que, a pesar de su aislamiento relativo, fué pisado por las legiones y por los colonizadores de Roma, cristianizada en edad temprana, y en estrechas relaciones con la región aquitana durante los primeros siglos de la Reconquista? ¿Y no nos dice nada el hecho de la falta de préstamos del vasco en las lenguas romances de la Península? Estos y aun otros argumentos y consideraciones con que el doctor Griera refuerza su tesis hay que confesar imparcialmente que predisponen el ánimo a la aceptación de una teoría que, por sorprendente y atrevida que nos parezca, no significa, en realidad, otra cosa que un paso más hacia adelante — paso decisivo es cierto — en la senda en que habían precedido al doctor Griera otros eruditos y filólogos, como el genial romanista Hugo Schuchardt, que unos tras otros se habían percatado de la suma importancia que tenían en la lengua vasca los elementos latinos y románicos. En caso de acierto, ¿no es verdad que se trataría de un nuevo y curioso ejemplo, tan repetido en la historia de la Ciencia, de la anécdota del huevo de Colón?

Falta aún por señalar dos rasgos muy importantes para completar este rápido esbozo de la personalidad intelectual y científica de nuestro nuevo académico. El primero es el que le presta su labor extraordinaria de compilador y de organizador con métodos modernos de un riquísimo material altamente interesante para el estudio, no sólo de la lengua catalana, objeto central de sus actividades, sino también para la castellana y en general para todas las lenguas románicas lo mismo que para la historia de la

Cultura. Recordaré a este propósito la organización modelo que durante muchos años de su actividad supo crear para la recogida metódica del léxico de todas las variedades dialectales del dominio lingüístico catalán, junto con las tradiciones y costumbres locales del pueblo y el folklóre poético conservado a través de los siglos en los más apartados rincones del territorio. Esta organización que funcionó varios años bajo su personal dirección, y que estaba basada en un cuerpo de corresponsales esparcidos por los centros más importantes de las regiones catalana, mallorquina, valenciana y rosellonesa, según el modelo de la organización del *Glossaire des Patois de la Suisse romande*, creada por el que fué profesor suyo, el eminente romanista, profesor de la Universidad de Zürich, Louis Gauchat, dió por resultado la recogida y clasificación de millares de fichas, las cuales le sirvieron más adelante de material para la publicación de su magnífico *Tresor de la Llengua catalana*, obra que ha de constar de doce volúmenes, de los cuales van ya publicados seis.

Íntimamente enlazado con este último aspecto es el que nuestro novel académico nos presenta como autor de obras de gran envergadura en el campo de la Filología románica, y como iniciador y animador de empresas científicas de orientación novísima en España. Magno fué el esfuerzo que requirió la preparación técnica y la realización de su gran *Atlas lingüístico de Cataluña*, obra desgraciadamente inacabada, en la cual tropezó inevitablemente con los obstáculos de toda índole, suscitados por las bajas intrigas de la envidia y del egoísmo, con las que, según ya hemos dicho, amargaron sus generosas ilusiones los complicados en la confabulación antes aludida. Dios quiera que al presente, favorecido nuestro amigo por las nuevas corrientes de la vida intelectual española, basadas en la justa e imparcial apreciación de los positivos valores de la Ciencia nacional, pueda él continuar esta magna empresa hasta darle feliz remate. Así como Antonio Griaerá fué el introductor en España de la Geografía lingüística, también fué el iniciador y el animador de otra nueva rama de la Filología, estrechamente relacionada con aquélla: la Dialectología, esto es, la investigación y el estudio metódicos de todas las variedades locales de un dominio lingüístico. Él fué quien fundó y dirigió por largos años el *Butlletí de Dialectologia Catalana*, el cual, a juicio de las más

reputadas autoridades de la Filología románica, constituía la mejor revista de su género que se publicaba en Europa. Él ha sido también el que trajo a España el cultivo de la interesantísima rama de la Filología moderna, que lleva el nombre de *Palabras y cosas*, cuya paternidad se disputan los eminentes filólogos Hugo Schuchardt y Rodolfo Meringer, la cual tiene por objeto estudiar la palabra en íntima relación con la realidad misma designada por ella. Los trabajos del doctor Griera que aportan una valiosa contribución a esta nueva orientación se hallan esparcidos en revistas y publicaciones nacionales y extranjeras en forma de artículos y ensayos.

Tal es, a grandes rasgos, señores académicos, la ingente labor desarrollada hasta hoy por el que viene en este momento a hacer a nuestra Academia el honor de ocupar el puesto que por tantos títulos tiene merecido. Todos sentimos la más viva satisfacción de contar desde hoy en este cenáculo intelectual a este eminente filólogo español, al cual, aun antes que nosotros, han otorgado un voto unánime de admiración las grandes autoridades de la Filología románica en los países de mayor cultura. ¡Sea, pues, bienvenido! El nuevo académico es el primero de los recientemente electos, en hacer la solemne entrada en nuestra Corporación y en ocupar antes que los restantes uno de los numerosos vacíos que la guerra pasada ha dejado desgraciadamente en esta Corporación. Nuestra Academia está de enhorabuena al incorporar hoy en la diezmada hermandad de sus componentes al doctor Antonio Griera, no sólo por sus méritos científicos, que tan deficientemente acabo de exponer, sino también por las altas cualidades morales que brillan en su persona. Porque el mejor elogio que de él cabría hacer sería declarar que su sólido saber tiene la medida de su grandeza en su ejemplar modestia. No dudamos que el primer académico recibido en nuestra Corporación después del triunfo del Glorioso Movimiento hará sentir en el seno de la Real Academia de Buenas Letras todo el peso de su gran valer científico en la obra de restauración cultural que, bajo la égida de nuestro invicto Caudillo, acabará por levantar a España más alta que nunca sobre las ruinas de la pasada tragedia.

He dicho.